

# 6 ES

## El imperialismo hoy - Alex de Jong

1. Claudio Katz, "El imperialismo del siglo XXI", 2002
2. Pepe Gutiérrez-Álvarez: "La revolución permanente"  
2007
3. Claudio Katz, "Discusiones sobre el declive de Estados Unidos", 2010



## **El Imperialismo del Siglo XXI**

El resurgimiento de la teoría del imperialismo está modificando el análisis de la globalización. Esta concepción explica la polarización mundial de ingresos por la transferencia sistemática de recursos de los países periféricos hacia los capitalistas del centro. Esta asimetría acentúa la dependencia y provoca agudas crisis en Latinoamérica, que se profundizarán si se consuma el proyecto del ALCA. El correlato político de esta iniciativa es un proceso de recolonización política y su consecuencia militar es la intervención más abierta del gendarme norteamericano. La dominación imperialista no es una fatalidad, ni obedece a una superioridad cultural de los países avanzados.

[...]

### **TRES MODELOS EN DISCUSIÓN.**

La vigencia de la teoría clásica del imperialismo para explicar las relaciones de dominación entre el centro y la periferia es contundente. Pero su actualidad para clarificar las vinculaciones contemporáneas entre las grandes potencias es más controvertible.

En este segundo sentido, el concepto de imperialismo ya no apunta a esclarecer las causas del atraso estructural de los países subdesarrollados, sino que pretende aclarar el tipo de alianzas y rivalidades predominantes en el campo imperialista. Varios autores han destacado la importancia que tiene distinguir entre ambos significados, señalando que las modalidades de dominación periférica y de vinculación entre las potencias han seguido cursos divergentes a lo largo de la historia.

El punto de partida tradicional para analizar este segundo aspecto es la distinción entre fase imperialista y librecambista del capitalismo, propuesta por los teóricos marxistas de principios del siglo XX. Con esta delimitación buscaron caracterizar una nueva etapa del sistema, signada por el reparto de los mercados entre las potencias a través de la guerra.

Lenin atribuía esta tendencia al conflicto bélico interimperialista a la gravitación del monopolio y el capital financiero, Luxemburgo a la necesidad de buscar salidas externas al estrechamiento de la demanda, Bujarin al choque entre los intereses expansionistas y proteccionistas de los grandes carteles y Trotsky al agravamiento de las desigualdades económicas generadas por la propia acumulación. Estas interpretaciones pretendían clarificar porqué la concurrencia entre grupos monopólicos que comenzaba en confrontaciones comerciales y áreas monetarias desembocaba en desenlaces sangrientos

Esta caracterización quedó desactualizada en la posguerra, cuando la perspectiva de conflictos armados directos entre las potencias tendió a desaparecer. La hipótesis de este choque se tornó descartable o muy improbable, a medida que la competencia económica entre las diversas corporaciones y sus estados se fue concentrando en rivalidades más continentales. Estos cambios transformaron los términos del análisis del segundo aspecto de la teoría del imperialismo.

En los años 70 Mandel sintetizó la nueva situación, mediante un análisis de tres modelos posibles de evolución del imperialismo: competencia interimperialista, transnacionalismo (en su denominación original: ultraimperialismo) y superimperialismo. Estimaba que el rasgo dominante de la acumulación era la rivalidad creciente y por eso atribuyó a la primera alternativa mayores posibilidades. También pronosticó que la concurrencia intercontinental se profundizaría junto a la formación de alianzas regionales.

El economista belga cuestionó la segunda perspectiva transnacionalista (anticipada por Kautsky) y defendida por los autores que preveían la constitución de asociaciones transnacionales divorciadas del origen geográfico de sus integrantes. Mandel consideraba que si bien la internacionalización de las empresas multinacionales debilitaba sus cimientos nacionales, no era probable una gran sucesión de fusiones entre propietarios de corporaciones de distinto origen. Dado el carácter concurrente de la reproducción capitalista, estimaba aún menos factible el sostenimiento de este proceso en la constitución de “estados mundiales”. Además, consideraba muy improbable la indiferencia de las corporaciones hacia la coyuntura económica de sus países de origen y la consiguiente prescindencia frente a las políticas anticíclicas en estas naciones, que supondría este tipo de integraciones. Descartaba este escenario, argumentando que el desarrollo desigual del capitalismo y las crisis crean tensiones incompatibles con la perdurabilidad de alianzas transnacionales.

La tercera alternativa superimperialista presagiaba la consolidación del dominio de una potencia sobre las restantes y el sometimiento de los perdedores a relaciones de sujeción semejantes a las vigentes en los países periféricos. Mandel consideraba en este caso, que la supremacía alcanzada por Estados Unidos no colocaba a Europa y Japón al mismo nivel de dependencia que las naciones subdesarrolladas. Destacaba que la hegemonía norteamericana en el plano político y militar, no implicaba supremacía económica estructural de largo plazo.

¿Cómo se plantean actualmente estas tres perspectivas? ¿Qué tendencias prevalecen a principio del siglo XXI: la competencia interimperialista, el ultraimperialismo o el superimperialismo?

## **LOS CAMBIOS EN LA CONCURRENCIA INTERIMPERIALISTA.**

La interpretación inicial de la tesis del imperialismo como una etapa de rivalidad bélica entre potencias no tiene prácticamente adherentes en la actualidad. Existe en cambio una versión débil de esta visión centrada ya no en el desenlace militar, sino en el análisis de la concurrencia económica.

Algunos analistas subrayan la activa intervención de los estados imperialistas para apuntalar esta competencia, así como la vigencia de políticas neomercantilistas para debilitar a las compañías rivales. Otros autores remarcan la prioridad que mantienen los mercados internos en la actividad de las corporaciones y la homogeneidad de origen de sus propietarios. Esta atadura a sus bases nacionales, explica para ciertos estudiosos por qué la tendencia a la formación de bloques regionales es más significativa que la mundialización comercial, financiera o productiva. Que el crecimiento norteamericano de la última década

se haya concretado a expensas de sus rivales es interpretado también como una expresión del retorno a la concurrencia interimperialista. Estos enfoques coinciden en presentar a la mundialización como un proceso cíclico de fases expansivas y contractivas del grado de internacionalización de la economía .

Esta variedad de argumentos contribuye a refutar la mitología neoliberal sobre el “fin de los estados”, la “desaparición de las fronteras” y la “movilidad irrestricta del trabajo”. La tesis de la concurrencia interimperialista demuestra cómo esta rivalidad limita la deslocalización industrial, la liberalización financiera y la apertura comercial, destacando que la competencia de bloques exige cierta estabilidad geográfica de la inversión, restricciones al movimiento de capital y políticas comerciales orientadas por cada estado.

Pero aunque desmientan convincentemente las simplificaciones globalizantes, estas contribuciones no alcanzan para esclarecer las diferencias existentes entre el contexto actual y el vigente a principio del siglo XX. Es cierto que la concurrencia interimperialista continúa determinando el curso de la acumulación: ¿Pero por qué razón la rivalidad entre las potencias ya no desemboca en conflagraciones bélicas directas? La misma competencia se desarrolla ahora en un marco de mayor solidaridad capitalista, puesto que Estados Unidos, Europa y Japón comparten los mismos objetivos de la OTAN y actúan dentro de un bloque común de estados dominantes, frente a los distintos conflictos militares.

Se podría interpretar que el alcance mutuamente destructivo de las armas nucleares ha transformado el carácter de las guerras, neutralizando las confrontaciones abiertas. Pero este razonamiento explica solo las modalidades de la disuasión que asumió el choque entre Estados Unidos y la ex URSS, sin aclarar por qué los tres rivales imperialistas prescinden de este tipo de enfrenamiento. También es cierto que la “lucha contra el comunismo” diluyó la concurrencia entre potencias capitalistas, pero este conflicto tampoco estalló luego de concluida la “guerra fría”.

En realidad, el choque entre potencias ha quedado mediatizado por el salto registrado en la mundialización. La actividad capitalista internacional tiende a entrelazarse con el crecimiento del comercio por encima del aumento de la producción, la formación de un mercado financiero planetario y la afirmación de la gestión globalizada de los negocios por parte de las 51 corporaciones, que ya integran el pelotón de las 100 mayores economías del mundo.

La estrategia productiva de estas compañías se basa en combinar tres opciones: abastecimiento de insumos, fabricación integral para el mercado local y fragmentación del ensamblado de partes elaboradas en distintos países. Esta mixtura de producción horizontal (recreando en cada región el molde del país de origen) y producción vertical (subdividiendo el proceso productivo de acuerdo a un plan global de especialización) implica un grado de asociación más significativo entre capitales internacionalizados . Las corporaciones que definen su estrategia a escala global tienden además a predominar sobre las menos internacionalizadas, como lo demuestra por ejemplo, la gravitación del primer tipo de firmas en las fusiones corporativas de la última década .

Este avance de la mundialización explica también porqué las tendencias proteccionistas no alcanzan actualmente la dimensión del 30, ni desembocan en la formación de bloques totalmente cerrados. El neomercantilismo coexiste con la presión opuesta hacia la liberalización comercial, ya que el intercambio interno entre las empresas localizadas en distintos países ha crecido notablemente. Este hecho no aparece claramente registrado en las estadísticas corrientes, puesto que las operaciones entre compañías internacionalizadas realizadas dentro de un mismo mercado nacional son generalmente computadas como transacciones internas de ese país .

Este avance de la mundialización que debilita la competencia tradicional entre potencias imperialistas expresa una tendencia dominante y no sólo un vaivén cíclico del capitalismo. Los períodos de retracción nacional o regional constituyen movimientos contrarrestantes de ese impulso central a la ampliación del radio de acción geográfico del capital. El freno de esta tendencia proviene de los desequilibrios que genera la expansión mundial y no de la pendularidad estructural de ese proceso.

En última instancia, la presión mundializadora es la fuerza dominante porque refleja la creciente acción de la ley del valor a escala internacional. Cuánto más gravitan las empresas transnacionales, mayor es el campo de valorización del capital a escala global frente a las áreas exclusivamente nacionales. Esta influencia expresa la tendencia a la formación de precios mundiales representativos de los nuevos patrones del tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de mercancías .

La gestión internacionalizada de los negocios erosiona la vigencia del modelo clásico de competencia interimperialista. Pero esta transformación no es perceptible si se observa a la mundialización en curso como un “proceso tan viejo como el propio capitalismo”. Esta postura tiende a ignorar las diferencias cualitativas que separan a cada etapa de ese proceso y esa distinción es vital para poder comprender porqué la internacionalización de la Compañía de las Indias del siglo XVI tiene, por ejemplo, tan poco parecido con la fabricación mundialmente segmentada de General Motors.

La rivalidad contemporánea entre corporaciones se desenvuelve en un marco de acción más concertada. En los organismos mundiales de acción política (ONU, G 8), económica (FMI, BM, OMC) y militar (OTAN) se negocian las reglas de esta actividad común. A diferencia del pasado, la acción tradicional de los bloques competitivos coexiste con la incidencia creciente de esas instituciones, que actúan haciéndose eco de los intereses de las compañías internacionalizadas.

Por eso la remodelación contemporánea de territorios, legislaciones y mercados se consuma a través de ambas instancias y no por medio de la guerra entre potencias. Es evidente que la nueva configuración imperialista se sostiene en masacres bélicas sistemáticas, pero los escenarios de estas batallas son periféricos. La multiplicación de estos conflictos no deriva de guerras interimperialistas y este cambio obedece a un salto cualitativo de la mundialización, que no es contemplado, ni explicado por el viejo modelo de la competencia entre potencias.

## **LA EXAGERACIÓN TRANSNACIONALISTA.**

Algunos defensores de la hipótesis transnacionalista estiman que las corporaciones actuales ya operan desconectadas de sus países de origen . Otros atribuyen el surgimiento del “capital global” a la informatización de la economía, a la sustitución de la actividad industrial por la acción de las redes y a la expansión del trabajo inmaterial. Destacan que esta conjunción elimina la centralidad del proceso productivo, favorece la gestación de un mercado planetario y refuerza la “desterritorialización del imperio”.

Pero esta visión tiende a interpretar tendencias embrionarias como hechos consumados y a deducir de la creciente asociación entre los capitales internacionales un nivel de integración que no se verifica en ningún campo. La transnacionalización de capitales constituye actualmente sólo un proceso inicial de una transformación estructural, que en el pasado insumió siglos. Ninguna evidencia de la última década sugiere la presencia de un acortamiento tan radical del ritmo histórico del capitalismo .

El transnacionalismo exagera el ascenso del capital global, reflejando cierta presión mediática por construir novedades teóricas al ritmo del consumo periodístico. Basta observar la evolución del parámetro que indicó Mandel -la sensibilidad de las corporaciones globalizadas a cada coyuntura económica nacional- para registrar la invalidez de la tesis ultraimperialista. Los cuatro rasgos centrales del curso económico de los 90 –reactivación norteamericana, estancamiento europeo, depresión japonesa y desplome de la periferia- ilustran la inexistencia de una evolución común del “capital globalizado”. Los beneficios y las pérdidas de cada grupo corporativo han dependido de su ubicación en cada región.

Qué la recuperación estadounidense se haya sostenido en la caída de sus rivales confirma la existencia de un bloque ganador diferenciado de las compañías europeas o japonesas. Ciertas formas de asociación global comienzan a emerger y por primera vez se están soldando alianzas estructurales transatlánticas y transpacíficas entre compañías europeas, norteamericanas y niponas. Este tipo de conexiones obstaculizan la cohesión de la Unión Europea, obligan a Estados Unidos a fijar su política económica en función del financiamiento externo e inducen a Japón a continuar su resistida apertura de mercados. Pero estas vinculaciones no eliminan la existencia de bloques competitivos estructurados en torno a los viejos lazos estatales.

En sus variantes moderadas, el transnacionalismo ignora que el Nafta, la Unión Europea o el Asean expresan esta puja de rivales. Pero en la vertiente extrema de Negri esta concepción propaga, además, todo tipo de fantasías sobre el “descentramiento” geográfico, desconociendo que la acción estratégica de las corporaciones continúa asentada en Estados Unidos, Europa o Japón. El enlace global ha creado un nuevo marco común para la competencia, pero sin eliminar los cimientos territoriales de esta competencia.

Es cierto, por otra parte, que la transformación informática favorece el entrelazamiento global del capital, ya que tiende a amalgamar la actividad financiera, acelerando las transacciones comerciales y acentuando la reorganización del proceso de trabajo. Pero la revolución tecnológica también refuerza la competencia y la necesidad de alianzas

regionales entre las corporaciones que se disputan los mercados. La “economía de la redes” no solo unifica, sino que también acentúa la competencia nacional. La aplicación de las nuevas tecnologías de la información está guiada por parámetros capitalistas de ganancia, concurrencia y explotación que impiden flujos indiscriminados de inversiones a escala global o movimientos irrestrictos de la mano de obra. Estas localizaciones dependen de condiciones de acumulación y valorización del capital, que obligan a las 200 empresas mundializadas a concentrar sus centros operativos en un pequeño puñado de países centrales.

## **CLASES Y ESTADOS II.**

Quiénes consideran que la transnacionalización del capital ha dado lugar a un proceso equivalente en el terreno de las clases dominantes y los estados, señalan como evidencias de este cambio el avance de la inversión extranjera, la internacionalización del trabajo y la gravitación de los organismos mundiales. Negri incluso considera que se ha consumado la formación de un nuevo orden jurídico –inspirado en la constitución norteamericana– surgido de la transferencia de soberanías nacionales al centro imperial de la ONU.

Pero este esquema es completamente forzado, ya que no existe ningún indicio de globalización plena de la clase dominante. Cualquiera sean sus divisiones internas, la burguesía norteamericana constituye un agrupamiento claramente diferenciado de su homólogo japonés o europeo. Actúa en torno a gobiernos, instituciones y estados distintos, defendiendo políticas arancelarias, impositivas, financieras o monetarias propias y actúa en función de sus intereses específicos. Incluso la integración de ciertas burguesías en torno a un estado supranacional –como en el caso de Europa– no convierte a sus miembros en “capitalistas globales”, puesto que no se han enlazados también con sus competidores extracontinentales en un mismo estado.

La eventual transnacionalización de la capa gerencial de algunas corporaciones y del segmento directivo de los organismos internacionales tampoco prueba el surgimiento de una clase dominante global. Este staff de funcionarios cosmopolitas conforma una burocracia de altas responsabilidades, pero no constituye una clase. El principal parámetro para evaluar la existencia de esta formación social –la propiedad de los medios de producción– indican una clara fragmentación geográfica dentro del viejo radio de las naciones. Los dueños de cada empresa transnacional son norteamericanos, europeos o japoneses y no “globales”. Los datos de propiedad de las 500 mayores corporaciones confirman esta conexión nacional, ya que el 48% de estas compañías pertenece a capitalistas norteamericanos, el 30% a europeos y el 10% a japoneses.

Además, el FMI, la OMC o el WEF (World Economic Forum) no constituyen estructuras estatales homogéneas, sino centros de negociación de las distintas corporaciones, que a través de sus representantes estatales defienden distintos acuerdos comerciales y tratados de inversiones.

Las compañías se apoyan en estas estructuras para batallar con sus rivales. Cuando, por ejemplo, Boeing y Airbus se disputan el mercado aeronáutico mundial, recurren más a sus lobbistas de Estados Unidos y Europa, que a los funcionarios de la OMC. En la

competencia interimperialista chocan estados o bloques regionales y no entrelazamientos intercorporativos del tipo Toyota-General Motors versus Chrysler-D.M.Benz.

El rol privilegiado que mantienen los estados demuestra que las principales funciones capitalistas de esta institución (garantizar el derecho de propiedad, proveer las condiciones para la extracción y realización del plusvalor, asegurar la coerción y el consenso) no pueden mundializarse a la misma velocidad que los negocios. Incluso si un estado transnacionalizado tuviera ya los recursos, la experiencia y el personal suficiente para encarar por ejemplo plenamente las funciones represivas, carecería de la autoridad que cada burguesía conquistó en su nación a lo largo de varios siglos para ejercer esta tarea.

Negri ignora estas contradicciones al postular la existencia de una nueva soberanía imperial en torno a la ONU. Deduce esta vigencia de un análisis restrictivamente jurídico y totalmente desligado de la lógica de funcionamiento del capital. Pero lo más sorprendente es su candorosa presentación de las Naciones Unidas como un sistema opresivo en la cúpula (Consejo de Seguridad) y democrático en la base (Asamblea General), olvidando que esta institución –en todos sus niveles- actúa como un pilar del orden imperialista actual. Esta benevolencia se apoya, a su vez, en una mirada apologética de la constitución norteamericana, que desconoce cómo la elite de ese país construyó un sistema político de opresión, mediante un mecanismo de contrapoderes destinado a burlar el mandato popular. Esta visión de la soberanía imperial extrema los errores del enfoque transnacionalista, porque exagera el principal defecto de esta visión: desconocer que la mayor integración mundial del capital se desenvuelve en el marco de los estados y las clases dominantes existentes o regionalizadas.

## **LOS ERRORES DEL “SUPERIMPERIALISMO”.**

En la tesis del imperio está parcialmente implícita una caracterización del dominio indisputado de Estados Unidos. Aunque Negri subraya que el imperio “carece de centro territorial”, también señala que todas las instituciones de la nueva etapa derivan del antecedente estadounidense y se erigen en oposición a la decadencia europea.

Esta interpretación converge todas las caracterizaciones que identifican el liderazgo norteamericano actual con el “predominio de una sola potencia”, la “unipolaridad del mundo” o el afianzamiento de la “era estadounidense”. Estas visiones actualizan la teoría del superimperialismo, que postula la hegemonía total de un rival sobre sus competidores. El soporte empírico de esta tesis surge del arrollador avance norteamericano de la última década, especialmente en el terreno político y militar. Mientras que la acción de las Naciones Unidas ha quedado acomodada a las prioridades de Estados Unidos, la presencia del gendarme norteamericano se ha extendido a todos los rincones del planeta, a través de los acuerdos con Rusia y la intervención en regiones –como Asia central o Europa Oriental- que estaban fuera de su control.

Estados Unidos detenta una clara superioridad tecnológica y productiva frente a sus rivales. Esta supremacía se ha verificado en la actual recesión global, porque el nivel de actividad económica mundial presenta un extraordinario grado de dependencia del ciclo norteamericano.



Estados Unidos retomó en los 90 el liderazgo que desafió Europa en los 70 y Japón en los 80. Desde el gobierno de Reagan, la primer potencia explotó las ventajas que le otorga su primacía militar, para financiar su reconversión económica con recursos del resto del mundo. En ciertos períodos apeló al abaratamiento del dólar (para relanzar las exportaciones) y en otras fases al encarecimiento de esa divisa (para absorber capitales externos). También impuso alternativamente la liberalización comercial y el proteccionismo en los sectores que detenta respectivamente alta o baja competitividad, respectivamente. Esta recuperación hegemónica se explica a su vez por la implantación internacional que tienen las corporaciones estadounidenses y porque el capitalismo norteamericano se ha orientado desde el siglo pasado a penetrar los mercados internos de sus competidores.

Sin embargo, ninguno de estos hechos prueba la existencia del superimperialismo, ya que la supremacía norteamericana no ha conducido al sometimiento de Europa o Japón. Los conflictos que oponen a las grandes potencias tienen la envergadura de conflictos interimperialistas y no son comprables a los choques entre países centrales y periféricos. En las disputas comerciales con Estado Unidos, Francia no se comporta como Argentina, dentro del FMI Japón no mendiga créditos sino que actúa como acreedor y Alemania es protagonista y no víctima de las resoluciones del G 8.

Las relaciones entre Estados Unidos y sus competidores no presentan los rasgos de la dominación imperial. Existe una contundente primacía norteamericana en las relaciones geopolíticas, pero “el nexo transatlántico” no implican la subordinación de Europa y el “eje del Pacífico” no se caracteriza por la sujeción de Japón a cualquier exigencia de Estados Unidos .

La tesis superimperialista sobrevalora el liderazgo norteamericano y desconoce sus contradicciones del liderazgo. Gowan opina acertadamente, que la forma de dominación “suprematista” (a costa de los rivales) y no “hegemonista” (compartiendo los frutos del poder) de Estados Unidos socava su liderazgo. La fuerza estadounidense se construye además, mediante el entrelazamiento y no -como en el pasado- a través del aplastamiento bélico de los competidores. Y esta modalidad obliga a forjar alianzas, que al no surgir de un desenlace militar son más frágiles. El carácter elitista del imperialismo actual, es decir carente del sostén masivo, chauvinista y patrioter de principio del siglo XX, también erosiona la superioridad de la primer potencia.

La supremacía estadounidense se ejerce en la práctica a través de las guerras en las zonas periféricas más calientes del planeta. Pero también esta belicosidad deteriora un curso superimperialista, porque estas agresiones sistemáticas potencian la inestabilidad. La nueva doctrina de “guerra infinita” que aplica Bush profundiza este descontrol, ya que rompe con la tradición de enfrentamientos limitados y sujetos a cierta proporcionalidad entre medios y fines. En las campañas contra Irak, “el narcotráfico” o el “terrorismo”, Estados Unidos busca crear un clima de temor permanente a través de agresiones sin duración acotada, ni objetivos precisos .

Este tipo de acción imperialista no sólo disloca naciones, desintegra estados y destruye sociedades, sino que también genera el tipo de “boomerangs” que Estados Unidos acaba de

padecer en carne propia con los talibanes. La “guerra total” sin escrúpulos jurídicos desestabiliza el “orden mundial” y deteriora la autoridad de sus mandantes. Por eso la perspectiva de superimperialismo no se ha consumado y está amenazada por la propia acción dominante de Estados Unidos.

## **LA COMBINACIÓN DE LOS TRES MODELOS.**

Ninguno de los tres modelos alternativos al imperialismo clásico esclarece las relaciones actualmente predominantes entre las grandes potencias. La tesis de la concurrencia interimperialista no explica las razones que inhiben la confrontación bélica e ignora el avance registrado en la integración de los capitales. El enfoque transnacionalista desconoce que las rivalidades entre las corporaciones continúan mediadas por la acción de las clases y los estados nacionales o regionales. La visión superimperialista no toma en cuenta la inexistencia de relaciones de subordinación entre las economías desarrolladas equiparables a las vigentes en la periferia.

Estas insuficiencias inducen a pensar que la rivalidad, la integración y la hegemonía contemporánea tienden a combinarse en nuevo tipo de vínculos interimperialistas, más complejos que los imaginados en los años 70. Indagar esta mixtura es más provechoso que preguntarse cuál de los tres modelos concebidos en ese momento ha prevalecido. En las últimas décadas el avance de la mundialización ha incentivado la asociación transnacional de capitales, alentando la concurrencia tradicional e induciendo también a una potencia a asumir un liderazgo cohesionador del sistema .

Reconocer esta combinación permite comprender el carácter intermedio de la situación actual. Por el momento no predomina la rivalidad, la integración, ni la hegemonía plenas, sino un cambio en las relaciones de fuerza al interior de cada potencia, que favorece a los sectores transnacionalizados en desmedro de los nacionalizados en el marco de los estados y clases existentes .

Este balance de posiciones difiere en cada país (en Canadá u Holanda, la fracción mundializada es probablemente más gravitante que en Estados Unidos o Alemania) y en cada sector (en la industria automotriz, la transnacionalización es mayor que en la siderurgia). El capital se internacionaliza mientras los viejos estados nacionales continúan asegurando la reproducción general del sistema.

La nueva combinación de rivalidad, integración y supremacía imperialistas forma parte de las grandes transformaciones recientes del capitalismo. Se inscribe en el marco de una etapa signada por la ofensiva del capital sobre el trabajo (incremento del desempleo, la pobreza y la flexibilización laboral), la expansión sectorial (privatizaciones) y geográfica (hacia los ex “países socialistas”) del capital, la revolución informática y la desregulación financiera.

Estos procesos han alterado el funcionamiento del capitalismo y multiplicado los desequilibrios del sistema, al debilitar la regulación estatal de los ciclos económicos e incentivar la rivalidad entre las corporaciones. Las viejas instituciones políticas pierden autoridad a medida que parte del poder efectivo se desplaza hacia nuevos organismos mundializados, que carecen a su vez de legitimidad y consenso popular. Además, la

escalada militar imperialista provoca colapsos en las regiones periféricas ahondando la inestabilidad mundial .

Estas contradicciones son características del capitalismo y no presentan las similitudes con el imperio romano que postulan numerosos autores. Estas analogías subrayan la identidad de mecanismos de inclusión o exclusión de los grupos dominantes al centro imperial , la semejanza institucional (Monarquía-Pentágono, Aristocracia-Corporaciones, Democracia-Asamblea ONU) o la decadencia común de ambos sistemas (caída de Roma-“pudrición” del régimen actual) .

Pero el capitalismo contemporáneo no está erosionado por una expansión territorial desbordada, ni está corroído por el estancamiento agrario, la improductividad del trabajo o el derroche de la casta dominante. A diferencia del modo de producción esclavista, el capitalismo no genera la paralización de las fuerzas productivas, sino un desarrollo descontrolado y sujeto a crisis cíclicas.

Las contradicciones derivadas de la acumulación, la extracción de plusvalía, la valorización del capital o la realización del valor conducen a la crisis, pero no a la agonía de la Antigüedad. Pero la diferencia crucial radica en el rol jugado por sujetos sociales con capacidad de transformación histórica, que no existían durante la decadencia romana.

## **LOS AMBITOS DE LA RESISTENCIA POPULAR.**

Los trabajadores, explotados y oprimidos de todo el planeta son los antagonistas del imperialismo del siglo XXI. Su acción ha modificado en los últimos años el clima de triunfalismo neoliberal prevaleciente en la elite de la clase dominante desde principios de los 90. Una sensación de desconcierto comienza a instalarse en el “establishment” globalizador, como lo prueban las críticas que los popes del neoliberalismo descargan contra el curso económico actual.

Soros, Stiglitz o Sachs ahora escriben impactantes libros para denunciar el descontrol de los mercados, el exceso de austeridad o la inconveniencia de ajustes extremos. Sus caracterizaciones son tan superficiales como los desbordantes elogios que antes propinaban al capitalismo. No aportan ninguna reflexión relevante, pero testimonian el malestar que ha creado en la cúspide del imperialismo, el desastre social creado durante los años de la euforia privatizadora.

Estos cuestionamientos al “capitalismo salvaje” reflejan el avance de la resistencia popular, porque los dueños del mundo ya no sesionan en paz. Sus encuentros en puntos remotos y en reuniones atrincheradas siempre enfrentan las manifestaciones del movimiento de protesta global. No pueden aislarse en Davos, rehuir la escandalosa represión de Génova, ni ignorar los desafíos de Porto Alegre. Ya no hay “discurso único”, ni “un sola alternativa” y con el avance de los cuestionamientos populares decrece la imagen de omnipotencia imperialista. Los participantes de la protesta global son los artífices centrales de este cambio. Su resistencia ya desborda el impacto mediático inicialmente creado por el boicot a las cumbres de presidentes, ejecutivos y banqueros. Seattle marcó un “antes y un después” para el desarrollo de esta lucha, que no ha decaído luego del 11 de septiembre.

Los presagios de un gran reflujo han quedado desmentidos y la intimidación “antiterrorista” no logró vaciar las calles de manifestantes. Entre octubre y diciembre pasado 250.000 jóvenes se movilizaron en Peruggia, 100.000 en Roma, 75.000 en Londres y 350.000 en Madrid. En febrero, el segundo encuentro de Porto Alegre superó la concurrencia y representatividad de las reuniones anteriores y una marcha posterior en Barcelona concentró a 300.000 manifestantes. La movilización más reciente de Sevilla contra la “Europa del Capital” reunió a 100.000 personas. Estas reacciones confirman la vitalidad de un movimiento que tiende a incorporar a su acción la batalla contra el militarismo. Un movimiento antiguerra empieza a despuntar, siguiendo las huellas dejadas por las luchas contra los crímenes de Argelia en los 60 y Vietnam en los 70 .

La clase obrera se perfila como otro desafiante del imperialismo, tanto por su convergencia con la protesta global (muy significativa en Seattle), cómo por la recomposición de las luchas reivindicativas. La etapa de severo reflujo que inauguraron las derrotas de los 80 (Fiat-Italia en 1980, los mineros británicos en 1984-85) tiende a revertirse desde mediados de los 90, al compás de importantes acciones en Europa (huelgas en Francia y Alemania) y en la periferia más industrializada (Corea, Sudáfrica, Brasil). La extraordinaria movilización de tres millones de trabajadores italianos en mayo pasado y la impactante huelga general en España confirman esta recuperación de la clase obrera.

Las sublevaciones populares en la periferia representan el tercer desafío al imperialismo. Los ejemplos de esta resistencia en Sudamérica son contundentes, a partir de la significativa extensión de la rebelión argentina. A medida que el “contagio económico” se irradia hacia las naciones vecinas (fugas de capital, quiebras bancarias y mermas de inversiones), también se expande el “contagio político” con manifestaciones y cacerolazos en Uruguay, grandes movilizaciones agrarias en Paraguay y masivos levantamientos contra las privatizaciones en Perú.

Por otra parte, la intervención popular contra el golpe de estado en Venezuela marcó el debut de una reacción masiva contra la política pro-dictatorial que promueve el imperialismo norteamericano. Este éxito de los oprimidos constituye apenas el primer round de un enfrentamiento que atravesará por numerosos episodios, ya que el Departamento de Estado ha puesto en marcha una escalada de provocaciones contra cualquier gobierno, pueblo o política que no siga fielmente su libreto.

A escala mundial, el caso más dramático de estas agresiones es la masacre de los palestinos. El nivel de salvajismo imperialista en Medio Oriente rememora las grandes barbaries de la historia colonial y por eso la resistencia popular en esa región es emblemática y despierta la solidaridad de todos los pueblos del planeta.

La protesta global, la recuperación de la clase obrera y las rebeliones en la periferia demuestra los límites de la ofensiva del capital. Al cabo de una década de atropellos sociales las relaciones de fuerza comienzan a cambiar y este giro abre un nuevo espacio ideológico para el pensamiento crítico, que vuelve a tornar atractivas las ideas del socialismo. A medida que el neoliberalismo se desprestigia, el socialismo deja de ser mala

palabra y el marxismo ya no es visto como un pensamiento arcaico. Este resurgimiento replantea varios problemas de la estrategia socialista.

#### **CUATRO DESAFIOS POLITICOS.**

Un nuevo internacionalismo ha irrumpido junto a la protesta global en las marchas cosmopolitas en favor de “otra mundialización”. Estas movilizaciones incluyen un fuerte cuestionamiento de los principios de competencia, individualismo y beneficio y han generado un avance de la conciencia anticapitalista, que se refleja en algunos lemas de estas marchas (“el mundo no es una mercancía”). Contribuir a transformar esta crítica embrionaria al capital en una propuesta de emancipación es la primer tarea que enfrentan los socialistas.

Esta alternativa ya se debate en los foros mundiales, cuándo se analiza la perspectiva social del internacionalismo espontáneo del movimiento. En la protesta global prevalece una oposición total a las reacciones fundamentalistas contra los atropellos imperialistas y un contundente rechazo a las confrontaciones étnicas o religiosas entre los pueblos explotados, que fomenta la derecha.

Esta solidaridad internacionalista es incompatible con cualquier proyecto capitalista que invariablemente implica fomentar la explotación y por lo tanto, estimular los enfrentamientos nacionales. Sólo el socialismo ofrece una perspectiva de comunidad real entre los trabajadores del mundo.

El generalizado despertar de la lucha antiimperialista en la periferia presenta un segundo desafío para los socialistas. Algunos teóricos ignoran esta irrupción porque han decretado el fin del nacionalismo y celebran esta desaparición, sin poder distinguir entre las corrientes reaccionarias y progresistas de estos movimientos. Estos autores declaran, además, la inoperancia de cualquier táctica, estrategia o prioridad política en las nuevas “luchas horizontales”, porque interpretan que en estos combates se enfrentan el capital y el trabajo sin ningún tipo de mediaciones .

Esta visión constituye una burda simplificación de la lucha nacional, porque coloca dentro de una misma bolsa a los talibanes y a los palestinos, a los ejecutores de masacres étnicas en Africa o los Balcanes con los artífices de las guerras de liberación de las últimas décadas (Cuba, Vietnam, Argelia). No logra distinguir dónde se ubica el progreso y en qué lugar se sitúa la reacción. Por eso no comprende porqué los pueblos del Tercer Mundo luchan por el desconocimiento de la deuda externa, la nacionalización de los recursos energéticos o la protección arancelaria de la producción local.

Definir tácticas y concebir estrategias específicas es importante, dado que las reivindicaciones nacionales que comparten los explotados de la periferia, no tienen significación para los trabajadores de las naciones centrales. El enfoque transnacionalista repite la vieja hostilidad liberal hacia las formas concretas de resistencia popular en los países subdesarrollados, recurriendo a un lenguaje más radical. Sus vaguedades transmiten un sentimiento de impotencia frente a la dominación imperialista, porque en el mundo sin

fronteras, centros y territorios que describen, resulta imposible localizar al opresor y establecer algún rumbo para enfrentarlo.

El tercer desafío de la política socialista es concebir estrategias de captura y transformación radical del estado, a fin de abrir un camino de emancipación. Este objetivo exige desmistificar el cuestionamiento neoliberal a la utilidad de la intervención estatal y las creencias neutralistas del constitucionalismo, que enmascara el control detentado por la clase dominante sobre esta institución. Especialmente, la difundida oposición entre desreguladores neoliberales y reguladores antiliberales encubre la vigencia de una gestión capitalista coincidente del estado. Este manejo es la causa del creciente divorcio entre la sociedad y el estado. Cuánto más dependen los asuntos públicos del lucro empresarial, mayor peso adquieren los aparatos y las burocracias alejadas de las necesidades mayoritarias de la población.

Pero la superación de esta fractura estatal exige inaugurar una gestión colectiva que permita avanzar hacia la extinción progresiva del carácter elitista y opresor del estado. Este objetivo no puede alcanzarse a través de un acto mágico de disolución de instituciones que tienen raíces milenarias, ni puede lograrse mediante el enigmático camino emancipatorio que proponen, quienes postular cambiar la sociedad rehuyendo la captura y manejo del poder. Algunos teóricos argumentan que en la actual “sociedad de control” las formas de dominación son tan invasoras, como frustrantes de cualquier transformación social basada en el manejo popular del estado. Pero esta sugerencia de un poder omnipresente (“que está en todas partes y en ninguna”) convierte cualquier debate concreto sobre la lucha contra la explotación, en una reflexión metafísica sobre la impotencia del individuo frente a su entorno opresivo. Eludiendo el análisis de las raíces objetivas y los pilares sociales de esta sujeción se torna imposible concebir caminos concretos de superación de la dominación capitalista.

Precisar quiénes son los agentes de un proyecto de transformación anticapitalista es el cuarto desafío de los socialistas. Observando a los trabajadores en huelga, a los jóvenes de la protesta global y a las masas movilizadas de la periferia no es muy difícil definir quiénes son los artífices de un cambio emancipatorio. Este nuevo protagonismo popular socava el discurso neoliberal individualista sobre el fin de la acción colectiva, pero no ha generado aún, reconocimientos del papel central de las clases oprimidas (y especialmente del rol de los trabajadores asalariados) en la transformación social.

Esta omisión obedece, por un lado, a la gravitación que se le asigna a la “ciudadanía” en los cambios políticos, olvidando que esta categoría uniforma a los opresores y oprimidos en un mismo status y oculta que el “ciudadano-obrero” carece de las atribuciones cotidianamente ejercidas por el “ciudadano-capitalista” (despedir, contratar, acumular, derrochar, dominar). Incluso en las caracterizaciones más radicales que hablan de la “ciudadanía insurrecta” o de la “ciudadanía global”, esta frontera de clase queda disuelta y el antagonismo social es relegado a un segundo plano.

Otra manera de diluir el análisis clasista consiste en sustituir la noción de trabajador o asalariado por el concepto de “multitud”. Este agrupamiento es presentado como el

embrión de un “contraimperio” naciente, por su capacidad aglutinante de los “deseos de liberación” de sujetos “cosmopolitas, nómades y emigrados” .

Aunque los promotores de esta categoría reconocen su sentido meramente poético, pretenden de hecho aplicarla a la acción política . Y este trasplante genera numerosas confusiones, porque la misma multitud alude a veces al agrupamiento amorfo de individuos (nómades) y se refiere en otras ocasiones a la acción de fuerzas particulares (emigrados). En ninguno de los dos casos se explica porqué ocuparía un lugar tan significativo en la lucha social de un imperio, que al no ser localizable tampoco enfrenta contrincantes muy definidos. Pero lo más difícil de este rompecabezas es dilucidar para que sirve.

Abandonando los malabarismos verbales y analizando, en cambio, el potencial emancipatorio de la clase trabajadora para comandar un proyecto socialista se puede arribar a las conclusiones de mayor provecho. Esta reflexión puede partir de la creciente “proletarización del mundo”, es decir de la estratégica gravitación social que han alcanzado los trabajadores, definidos en un sentido amplio como la masa total de los asalariados . Esta impresionante fuerza podría transformarse en un poder anticapitalista efectivo, si se concreta un salto significativo en la conciencia socialista de los explotados.

Las condiciones para este avance político ya se han reunido, como lo prueban las discusiones sobre el internacionalismo, el estado y el sujeto de la transformación social. Repitiendo lo ocurrió en 1890-1920, el debate sobre el imperialismo vuelve a ubicarse también en el centro de esta maduración política. ¿Estas similitudes se extenderán al crecimiento del movimiento socialista? Quizás la sorpresa de la nueva década sea el surgimiento de partidos, líderes y pensadores comparables a los clásicos marxistas del siglo pasado.

Inédito, Junio de 2002.

## La revolución permanente

Jueves 12 de julio de 2007

revPepe Gutiérrez-Álvarez / Kaos en la Red

Aunque esbozada por Marx, la teoría de la revolución permanente está ligada al nombre de Trotsky y del bolchevismo, fue asimilada como parte de los primeros congresos de la Internacional Comunista hasta que fue condenada como la máxima herejía.

Tal como he explicado en diversos trabajos publicados en Kaos, la revolución de Octubre fue, en su intención y esfuerzo, una ruptura como nunca hasta entonces se había contemplado con el pasado, con todas las condiciones sociales y políticas de la burguesía. Desde Lenin y Trotsky hasta el más humilde mujik, se movilizaron en un enorme y tempestuoso esfuerzo por erradicar del suelo ruso todas las formas de explotación y opresión. Parecía que, con las cenizas de la guerra, el viejo mundo debía quedar atrás. Sin embargo, los años que la siguieron mostraron un desarrollo más complejo y contradictorio. Por una parte, Rusia siguió encarnando la ruptura revolucionaria y las conquistas de Octubre sirvieron para arrancarla en gran medida del pasado económico y llevarla a la industrialización. Por otra, una sorprendente resurrección de los estigmas de este mismo pasado—burocratismo, aparatismo, servilismo, oscurantismo, etc—, se tomaron venganza contra el presente en un momento en que la revolución se encontraba en dificultades nacionalmente y en retroceso en el campo internacional.

En gran medida, algunos de los más lúcidos bolcheviques comprendieron la nueva situación. De ahí que Lenin explicara que ellos mismos harían el Termidor (nombre dado en la Revolución francesa al fin de la dictadura revolucionaria, y al consiguiente ascenso de los girondinos que precedieron la entronización de Napoleón), las concesiones necesarias sin abandonar ninguno de los elementos determinantes de sus conquistas: el poder obrero, la alianza con los campesinos, las transformaciones sociales, la hegemonía bolchevique. Implantaron la NEP y trabajaron por una apertura diplomática internacional para conseguir acabar con el cerco económico y conseguir ayuda y una salida comercial necesaria. Al mismo tiempo convencieron al Komintern sobre la importancia de una política más a largo plazo, una planteamiento transitorio sobre el que no existió ninguna discrepancia significativa en la dirección del partido.

Tanto Lenin como Trotsky, creían que, desde el poder revolucionario "asegurado", podrían reconstruir las condiciones favorables para la revolución: desarrollar la industria, fortalecer los centros proletarios y alentar el resurgimiento de los soviets. Confiaban en el PCUS para esta misión, pero aunque éste aparecía como la mejor garantía contra el pasado, se convirtió, de una manera sumamente original, en su vehículo más fuerte, iniciando en nombre de unos principios ahora institucionalizados, el Termidor soviético, un concepto que en la revolución francesa fue el que precedió a Napoleón. Al convertirse en el único cauce posible, surgieron desde su interior los nuevos elementos que consagraban el sustituirlo del partido como válido, que criticaban a los que deseaban profundizar el proceso revolucionario y, por el contrario, daban por buenos los abusos y las nuevas tendencias burocráticas que se manifestaban. y aunque no faltaron sectores infiltrados ajenos a la tradición revolucionaria, fueron los viejos cuadros los que desgastados por la revolución, la guerra y las penurias, más trabajaron para imponer el «nuevo curso» reaccionario.

Las primeras oposiciones, con la excepción de la “Oposición Obrera” —animada por la Kollontai y Sliapnikov que se desintegró en el X Congreso, o se abren las puertas de Kronstadt—, tuvieron muy poco



eco. Singularmente, fue Lenin (un Lenin que permaneció oculto por la censura estalinista hasta los años sesenta, y aún y así) el que, ya en diciembre de 1922, inquieto por la creciente burocratización, escribe: "Llamamos nuestro a un aparato que nos es totalmente extraño, a un fárrago burgués y zarista que nos ha sido totalmente imposible de transformar en cinco años, privados como estábamos de ayuda de otros países y durante los cuales nuestras «preocupaciones» esenciales eran la guerra y la lucha contra el hambre".

Sobre este episodio, tan decisivo, se puede consultar El último combate de Lenin, título de una obra clave del historiador judío polaco, Moshe Lewin, autor entre otros títulos no menos recomendables como *La paysannerie et le pouvoir soviétique, 1928-1930*; *Le grand débat. La Russie des années vingt*. Este minucioso estudio de los últimos años de Lenin, editado por Lumen (BCN, 1970, tr. Esteban Busquets), demostraba, entre otras cosas, la existencia de un Lenin oculto por la censura estalinista, la existencia de una conciencia sobre la degeneración burocrática del Estado soviético anterior a la de Trotsky, de unas reflexiones muy críticas sobre la evolución del nuevo régimen, su creciente rechazo de Stalin, personificado como el hombre de la burocracia en la cúspide, y la existencia de una manifiesta voluntad de establecer una alianza con Trotsky en vías a trabajar por recomponer la base social de la revolución...

Toda la ira de Lenin se concentra contra el poder de Stalin y sus planes: a) Contra su proyecto ultracentralista en la Constitución que consagra un presunto "internacionalismo proletario" que estaría por encima de los derechos de las nacionalidades; b) Contra su intención de debilitar el monopolio del comercio exterior, ampliando el alcance de una nueva burguesía; c) Contra la invasión «chauvinista gran rusa» de Georgia (que Trotsky, mal informado, había tratado de justificar en polémica contra la socialdemocracia); d) Por apartarlo de la Inspección Obrera y Campesina; e) Por conocer el censo del funcionariado que Stalin le oculta, y del que se había convertido en líder; f) Por apartarlo de la Secretaría General, que utilizaba en beneficio de sus propias intrigas al frente de los sectores de la "vieja guardia" más afines a la idea de concluir la "aventura" revolucionaria y de hacer de la necesidad virtud en su beneficio como gestores de un Estado que consagraban como la "revolución".

Antes de morir, en plena agonía y perplejo al darse cuenta de cómo había degenerado la revolución, prepara, según sus propias palabras, "una bomba" contra Stalin. Rompe las relaciones con él y trata por todos los medios de establecer una alianza con Trotsky, pero no llega a tiempo. Su muerte dejaría a Trotsky aislado entre la cumbre de la «vieja guardia» que ve en él un peligro. La troika compuesta por Zinóviev, Kaménev y Stalin —se mencionaban por este orden— empezó la campaña contra el «trotskismo» a pesar de que Lenin había criticado cualquier utilización del pasado no bolchevique de Trotsky e incluso había llegado a considerar a éste como «el mejor bolchevique». Establecen un nuevo cuerpo doctrinario: el «marxismo leninismo», del cual se considerarán sus más autorizados intérpretes. A Trotsky se le condenó en nombre de su oposición a esta doctrina y se le trató como alguien ajeno al partido. Uno de los oscuros funcionarios en ascenso, Mikoyan, dirá en voz alta lo que se piensa en los círculos del poder: Trotsky es un hombre del Estado, pero no del partido. Para Stalin, es indiscutible que Trotsky no pertenece a la "vieja guardia", la nueva propietaria de la revolución, y le achaca ser el partidario de la "desesperanza permanente", o sea de no dar por buena las necesidades existentes, de no "confiar en el socialismo" porque ésta ya existe de hecho....

Sometido a esta presión, Trotsky renuncia a la jefatura del poder, que le ofrece insistentemente Lenin, por no herir susceptibilidades. Siempre se sintió incómodo entre los viejos cuadros, ya que su brillantez y sus inquietudes no concordaban con la opacidad de éstos, con su dificultad ante la audacia y ante las nuevas líneas que exigían los cambios en una situación general revolucionaria. Ante los ataques, Trotsky renuncia a emplear su influencia en las fuerzas armadas y pasa a llevar a cabo la lucha en el

terreno de la legalidad de la joven República. Se plantea transformar el partido y la Internacional con el apoyo del ascenso de la lucha revolucionaria en el mundo. Ésta no estaba tan lejos, ya que: "El carácter revolucionario de la época no es de naturaleza tal que permita la realización de la revolución, es decir, la toma del poder, en cualquier momento. Su carácter revolucionario consiste en agudas y profundas fluctuaciones y en abruptas y frecuentes transiciones de una situación revolucionaria inmediata —es decir, una situación tal que permita al partido comunista luchar por el poder—, a una victoria de la contrarrevolución fascista o semifascista, y de esta última a un régimen provisional de la medianía dorada (el "Bloque de izquierda", la inclusión de la socialdemocracia en la coalición, el pasaje del partido de (Ramsay) Mac Donald y así sucesivamente), llevando así inmediatamente el antagonismo a una nueva crisis y planteando igualmente la cuestión del poder" (La internacional comunista después de Lenin).

En octubre de 1923, Trotsky envía una carta al Comité Central en la que denuncia: "La burocratización del aparato del partido se ha desarrollado hasta unas proporciones inauditas por medio del método de selección de los secretariados." Una semana más tarde, 46 cuadros reconocidos de la dirección del partido (Preobrazhensky, Serebriakov, Antonov-Ovsenko, Smirnov, Piatakov, Muralov, la rusocatalana Evgenia Bosch, Kossior, etc) escriben una carta en la que podemos leer: "El régimen establecido en el partido es del todo intolerable, destruye la independencia del partido reemplazando a este último por un aparato burocrático seleccionado". Piden, como Trotsky, la democratización interna y un plan de industrialización. La troika, por su parte, condena indistintamente al "trotskismo" y al "fraccionalismo" como sinónimos; Stalin cree que es necesario poner límites a la discusión.

En diciembre, Trotsky escribe una serie de artículos que son recogidos en libro con el título de El nuevo curso. Critica a la «vieja guardia» y sus pretensiones de haber sido el bloque leninista "monolítico", les recuerda el papel de la "vieja guardia" socialista que construyó la II Internacional y terminó haciendo "socialpatriotismo" en 1914. Llama a la reconversión del partido a partir de los obreros y las nuevas generaciones. Exige la libre elección de todos los organismos y de todos los secretariados: "el partido debe de subordinar su propio aparato sin dejar de ser una organización centralizada". Reclama la revitalización de la Gosplan, un plan general de industrialización y la lucha, junto con los campesinos pobres, contra los kulacs. Evoca la posibilidad de una degeneración "termidoriana"; pero se contiene, limitándose a propugnar una profunda rectificación democrática. No obstante, comprende que de esta manera no puede ir muy lejos: «Los burócratas, escribe con vehemencia, están formalmente dispuestos a "tomar acta" de El nuevo curso, es decir, prácticamente a enterrarlo. O dicho de otra forma; la dirección integra a su manera las críticas de El nuevo curso, mientras suprime aún más las posibilidades de la Oposición".

La Oposición de 1923 se ve obligada a llevar una lucha en vaso cerrado. Desde la Ejecutiva de la Internacional, Zinóviev lleva a término la llamada "bolchevización" de sus secciones nacionales, o sea, el desplazamiento de sus direcciones de todos los elementos sospechosos de simpatizar con Trotsky y la Oposición. También da el primer paso para la subordinación de estas direcciones al partido ruso.

En el interior del partido, la Oposición se encuentra con el obstáculo beligerante de la burocracia — todos los responsables, en todos los ámbitos, son impuestos desde las oficinas donde emana el poder de Stalin—, y el de los estatutos, tal como habían ido siendo modificados contra las anteriores oposiciones. En la medida en que se ve amenazada, la burocracia va a desarrollar sus métodos antidemocráticos —destituciones, expulsiones, desplazamientos al extranjero, despido laboral, discriminaciones legales, coacción bajo diversas formas de amenaza, por ejemplo, campañas sobre un punto débil en la biografía del opositor, golpes, pitidos que impiden hablar en las asambleas a los discordantes, insultos, provocaciones como la de amalgamar a la Oposición con la contrarrevolución

zarista etc. Sin olvidar formulaciones teóricas que invariablemente representan la legalidad soviética y la legitimidad «leninista», ante la que cualquier forma de discrepancia se va haciendo cada vez más imposible y más arriesgada.

Se conoce como tal a la «polémica literaria» iniciada en 1924 con la publicación de Las lecciones de Octubre, y tiene la virtud de esclarecer dos premisas teóricas antagónicas: a) la teoría del “socialismo en un solo país” que, en un principio, formula Bujarin; pero que la hace enteramente suya Stalin, y que tiene su correlato con la teoría de las dos etapas según la cual, existía una etapa democrático-burguesa antes de poder abordar las tareas de la revolución socialista, una teoría que, entre otros ejemplos, sirvió para justificar la política española con el Frente Popular, y b) su contraposición, la teoría de la revolución permanente, que es presentada como la quintaesencia de los errores de Trotsky. Tanto una como otra se convertirán en piedra angular del esquema estratégico de sus respectivos defensores.

Hasta aquel momento toda consideración sobre la posibilidad de construir el socialismo en un solo país, había sido rechazada por los marxistas, solamente había sido apreciada por algunos nacionalistas como los eseristas que pensaban que la comuna agraria podría ser la base de un socialismo autóctono en Rusia. Todavía de acuerdo con la concepción leninista tradicional, que, como hemos visto, justifica Octubre como un “prólogo” a una revolución internacional, Stalin escribía en 1924 que, para el triunfo del socialismo en un país como en Rusia, «era necesario el concurso de varios países avanzados». Pero, ulteriormente, para Stalin la teoría llegó a ser algo así como una especie de reloj que había de marcar la hora que necesitaban los intereses de la burocracia que él representaba ya mejor que nadie, pues poco tiempo después cambió radicalmente de opinión. De manera que se puede afirmar que su “dogmatismo” era como de goma. Resultaba siempre temporal, y dependía estrictamente de la interpretación que el propio Stalin hacía de las exigencias del Estado en el momento. Cuando obraba un giro “dogmático”, siempre caían algunos chivos expiatorios que pagaban los platos rotos de la fase anterior.

No hay duda pues que Stalin invertía las concepciones clásicas marxistas cuando afirma que, en la era imperialista, la desigualdad y la heterogeneidad del desarrollo permiten la construcción del socialismo en un solo país, y además en un país tan atrasado como era Rusia, que, como por lo demás, arrastraba todas las cargas de las sucesivas guerras y del cerco exterior. Pero en su opinión, el potencial de la economía rusa facilitaba este camino. Y añadía: “Rusia estaba llamada a ser la «patria del socialismo», su defensa se anteponía a cualquier otra exigencia nacional, y no había más que discutir. Cualquier crítica a este objetivo significa menosprecio de su destino, desacato al partido, de Lenin, convertido en argumento de fe. Según el Bujarin de entonces, la cuestión radica ahora en construir el socialismo nacional aunque sea a «paso de tortuga», o sea prologando la transitoriedad de la NEP, y en consecuencia, había que dejarse de aventuras revolucionarias. De meterse en guerras permanentes como dicen que quería Trotsky, cuando lo que se trataba era simplemente de impedir la intervención imperialista. Esta se erigirá desde entonces en la misión central de la Internacional. Para Trotsky, esta teoría era una “utopía reaccionaria”.

Trotsky entiende que por el contrario, el esquema del marxismo clásico tenía más validez que nunca puesto que el imperialismo había entrelazado más aún la interrelación entre países y continentes: ahí radicaba precisamente la verdad de Octubre. Indiscutiblemente, se trataba de avanzar en la construcción del socialismo en Rusia, pero no era posible pensar seriamente en esto a través del aislamiento y de la colectivización del subdesarrollo ruso. El patriotismo no atenúa las dificultades objetivas. Las aventuras revolucionarias no fueron nunca un capricho de Trotsky, sino una realidad objetiva de un período abierto con la ruptura del eslabón más débil de la cadena imperialista.

Para extender esta ruptura se creó la Internacional.. A las tesis estalinistas, opone un nuevo desarrollo de la teoría de la revolución permanente que resumidamente vienen a decir:

a) Vivimos en una época de actualidad revolucionaria en la que los períodos de calma y de crisis social se combinan, de manera que hay que superar la vieja división socialdemócrata entre el programa mínimo y el programa máximo y establecer un puente entre ellos, levantar un programa de transición;

b) La conquista del poder por el proletariado se ha mostrado más fácil en los países donde la burguesía es más débil; de la misma manera la construcción del socialismo es más difícil en estos países al carecer de las bases materiales que facilita el desarrollo industrial;

c) El proletariado es la única clase consecuentemente democrática, capaz de aparecer como la liberadora de los campesinos y de los pueblos oprimidos, mientras que la burguesía ha ido retrocediendo hacia posiciones reaccionarias;

d) La revolución puede empezar por una huelga general, por una movilización campesina o anticolonial. Para llevarla a cabo, la clase obrera deberá de ganar la mayoría de la población aliándose con los campesinos y la pequeña burguesía empobrecida, formando un bloque opuesto al burgués reaccionario;

e) El gobierno obrero y campesino que salga de esta revolución deberá llevar adelante, combinadamente, las tareas democráticas clásicas con las tareas primeras de la construcción del socialismo;

f) Esta revolución socialista no podrá ser llevada a su conclusión más que si no se la limita a unas fronteras nacionales. Una de las causas esenciales de la crisis de la sociedad burguesa viene de que las fuerzas productivas creadas tienden a salir del marco del Estado nacional. De aquí las guerras imperialistas de un lado y la utopía de los Estados Unidos de Europa de otro. La revolución socialista se hace permanente en el sentido nuevo y más amplio de la palabra; no acaba más que con el triunfo definitivo de la nueva sociedad en todo el planeta;

g) Por esto el internacionalismo proletario no es un principio abstracto; constituye el reflejo teórico y político del carácter internacional de la economía, del desarrollo mundial de las fuerzas productivas y del aliento mundial de la lucha de clases;

h). Finalmente, la revolución no hace más que comenzar con la conquista del poder.

www.kaosenlared.net rev\_oct.jpg Tal que como habría predicho Saint Just, toda revolución que se detiene a mitad de camino, cava su propia tumba. Para evitar este retroceso se hace imprescindible llevar adelante una lucha a muerte contra la burocracia que se ha revelado como la enfermedad más grave de la sociedad postrevolucionaria, lo que significa—entre otras cosas- asegurar la democracia en los organismos autónomos de clase, impulsar una «revolución cultural» que haga del movimiento revolucionario un polo de civilización nueva, más potente que la civilización derrotada.

En esta época, el estalinismo en ciernes profundiza el curso iniciado por la llamada "bolchevización" de la Internacional, concepto que en realidad consiste en su sometimiento estricto a los dictados de la política exterior soviética, o como en tantas otras cosas, bajo una palabrería revolucionaria se esconden unos propósitos cínicos y reaccionarios.

La razón de este intento, estaba clara para Trotsky: "La nueva doctrina —del socialismo autárquico— dice: el socialismo se puede construir sobre la base de un Estado nacional, si no hay intervención. De aquí se puede desprender, al margen de todas las declaraciones solemnes del proyecto de programa de la Internacional Comunista, una política de colaboración con la burguesía del exterior. El fin está en evitar la intervención; en efecto, la construcción del socialismo estando así asegurada, resolverá la cuestión histórica fundamental. La tarea de los partidos de la Internacional Comunista toma ahora un carácter secundario: proteger a la URSS de las intervenciones y no luchar por la conquista del poder (...). Si nuestras dificultades, nuestros obstáculos, nuestras contradicciones internas, que reflejan las contradicciones mundiales, pueden remontarse únicamente por la propia fuerza de nuestra revolución; fuera de la arena de la revolución mundial, entonces la Internacional es una institución semiauxiliar, semidecorativa, a la cual se puede convocar a congreso, cada cuatro años, cada diez años o incluso jamás. Si ajustamos que los proletarios de otros países deben de proteger nuestra construcción contra la intervención militar, entonces, según el esquema, la Internacional debe de jugar un papel de instrumento pacifista. Su "rol" fundamental de útil de la revolución mundial pasa inevitablemente a segundo plano" (La internacional después de Lenin).

La teoría de la revolución permanente es, ante todo, la reflexión de Trotsky, con la inestimable contribución de Parvus, sobre las enseñanzas de 1905. Su primer bosquejo lo desarrolló en las mazmorras de la autarquía —después de que, en el proceso contra los componentes del soviets de San Petersburgo, diera la vuelta al orden de los factores y pasara él a ser el acusador vehemente del absolutismo—, y su primera sistematización en su obra Balance y perspectiva (para Deutscher en este libro Trotsky expone completamente pero con una sequedad casi matemática su teoría), para darle su «formalización» más acabada casi veinticinco años después, en el destierro, polemizando contra Rádeck y Stalin.

Su punto de partida comienza donde termina Marx: la burguesía ya no es una clase revolucionaria, el proletariado tiene que prepararse para serlo. La revolución francesa de 1789 señala el punto más alto de la capacidad revolucionaria de la burguesía. En 1848, su declive es evidente: prefiere un pacto con la reacción antes que hacer demasiadas concesiones al «Cuarto Estado». En la Comuna de París de 1871, las barricadas ya están claramente situadas; es el antagonismo de clase entre burguesía y proletariado lo que determina la situación. En 1905, en un país semicapitalista, el protagonismo del proletariado en la revolución democrática es manifiesto.

Era, pues, necesario un nuevo enfoque estratégico para trazar las perspectivas de la historia. No se podía pensar que los países pobres tenían que pasar por el mismo ciclo histórico que los países ricos, ya que, al mismo tiempo que existía una desigualdad, se daba una combinación en su evolución. Antes de que la revolución burguesa —que se traduce por una revolución agraria y sobre todo por las libertades políticas—, diera sus primeros pasos en Rusia, se estaba realizando una gigantesca revolución industrial que concentraba en las grandes ciudades fabriles —del tipo americano—, a enormes masas de proletarios. Es por ello que la lucha por la democracia y el socialismo no se desarrollarían en épocas distintas, sino que la revolución contra el atraso burgués —al tener que ser encabezada por el proletariado industrial—, se fusionaría con la revolución anticapitalista en un mismo tiempo. El socialismo consolidará el proceso democrático y no al revés.

Para llegar a estas conclusiones, Trotsky establece un análisis que interrelaciona combinadamente dos polos, el nacional y el internacional, que los marxistas de su tiempo solían separar, y afirma que la revolución rusa está marcada en su carácter por la realidad del capitalismo mundial determinada por los monopolios y el imperialismo moderno. Con el crepúsculo del siglo XIX y la aurora del XX, Trotsky define la estructura socioeconómica rusa como una autocracia brutal y ultrarreaccionaria apoyada en

una franja de «almas muertas» burocráticas, de funcionarios oscuros y serviles por una parte y de una casta de terratenientes —entre los cuales el Zar se considera el primero- por otra. Un océano campesino, compuesto en su mayor parte por agricultores pobres, y una clase obrera naciente, ajena a las tradiciones militantes, pero que irá multiplicando sus efectivos por año. La burguesía rusa por sí misma es como una «sombra» de la que se conoce en Europa; pero, apoyándose en las inversiones extranjeras —inglesas, francesas y alemanas—, está creando importantes polos de desarrollo industrial. Si el capitalismo va ganando terreno, esto no se debe a un proceso “orgánico”, natural, a la manera que se desarrolló en Occidente y analizó Marx en el primer volumen de El Capital. Fue el mismo poder estatal del zarismo el que, por su propia necesidad de supervivencia en competencia militar con las potencias burguesas, facilitó este desarrollo tan particular y muy dependiente, tanto de las condiciones sociales rusas, como de la inversión e intereses europeos.

La clase obrera rusa, cuando todavía no ha roto sus vínculos con su pasado agrario, se "ha encontrado frente a un poder centralizado al máximo ya un capital en el cual las fuerzas no están menos centralizadas. No ha conocido ni las tradiciones corporativas ni los prejuicios del artesanado y desde sus primeros pasos se han comprometido a una lucha sin piedad en los dos frentes: el político y el económico”.

Trotsky tenía claro el carácter burgués básico que el cambio exigía y que el golpe principal se tendría que asestar al pasado feudal, a los terratenientes ya la burocracia; pero creía que, si la burguesía estaba al otro lado de la barricada, si la pequeña burguesía y el campesinado eran incapaces de jugar un papel dirigente, sólo los proletarios serían capaces de llevar adelante este cambio con todas sus consecuencias. ¿Menospreciaba Trotsky al campesinado? Mientras que Lenin le hacía esta acusación, él acusaba a éste de sobreestimarle, de atribuirle una capacidad desmesurada para jugar un papel independiente e imponer a las dos clases fundamentales de la sociedad moderna, la burguesía y el proletariado, sus propias reglas en la revolución. Estaba convencido de que, cuando la ciudad derrocara al antiguo régimen y profundizara la fuerza revolucionaria que ya mostró en 1905, entonces"... muchas capas de las masas trabajadoras, especialmente en el campo, serán atraídas a la revolución y por primera vez obtendrán una organización política, sólo después... de que el proletariado urbano haya empuñado el timón del gobierno. Al no respetar las propiedades de las tierras, al no poner impedimentos en la voluntad campesina de revolución agraria “el proletariado en el poder aparecerá ante el campesino como el libertador”.

Una vez en el poder, "el proletariado no sólo no querrá, sino que no podrá limitarse al programa democrático burgués. Solamente podrá conducir la revolución hasta el final si la revolución rusa se convierte en revolución del proletariado europeo. De esta manera, se sobrepasarán el programa democrático burgués de la revolución rusa y sus cuadros nacionales; la hegemonía política temporal de la clase obrera se consolidará en una dictadura socialista duradera. Si Europa permanece inmóvil, la contrarrevolución burguesa no aceptará un gobierno de las masas trabajadoras en Rusia y hará retroceder al país lejos de una república democrática de obreros y campesinos. Llegado al poder, pues, el proletariado no deberá limitarse al marco de la democracia burguesa, sino que deberá desarrollar la táctica de la revolución permanente; es decir, abolir la frontera entre el mínimo y máximo de la socialdemocracia, avanzar hacia unas reformas sociales cada vez más profundas y buscar un sostén directo en la revolución del Occidente europeo”.

La relación existente entre la revolución rusa y europea aparece con insistencia en sus textos: "Esto le impartirá, desde el comienzo mismo, un carácter internacional al desarrollo de los acontecimientos y abrirá las perspectivas más amplias: la clase obrera de Rusia, al encabezar la emancipación política, se elevará a una altura desconocida en la historia, reunirá en sus manos fuerzas y recursos colosales y se

convertirá en la iniciadora de la liquidación del capitalismo a escala global.(...)Si el proletariado ruso, después de conquistar temporalmente el poder, no lleva la revolución por iniciativa propia al terreno de Europa, entonces la reacción feudal y burguesa le obligará a hacerlo.El proletariado ruso arrojará a la balanza de la lucha de clases de todo el mundo capitalista el colosal poder político-estatal que las circunstancias temporales de la revolución burguesa le dará. Con el poder estatal en sus manos, con la contrarrevolución a sus espaldas, con la reacción europea por delante, dirigirá a sus hermanos de todo el mundo el viejo llamamiento, que esta vez será la llamada al asalto final: ¡Proletarios de todos los países, uníos!" .

Lenin se opone a esta perspectiva de la dictadura del proletariado, que se apoya en la revolución, agraria, e intenta su extensión europea. Para él, las condiciones no están de ninguna manera suficientemente maduras para la dictadura del proletariado en Rusia. Según sus concepciones, se trataba de llegar —dentro de las relaciones de producción burguesas—, al punto más elevado que la alianza obrero-campesina pudiera permitir: de estallar después la revolución europea, el camino al socialismo tendría ya ganada una batalla decisiva. Pero, en esta época, Lenin seguía pensando unilateralmente la situación rusa. La guerra sirvió a Trotsky, entre otras cosas, para profundizar en los elementos de su análisis de 1905 sobre la creciente contradicción entre el Estado-nación y el desarrollo de las fuerzas productivas; para diseccionar la naturaleza conservadora de la socialdemocracia internacional que enviaba a morir a sus militantes a las diferentes trincheras; para aprender no pocas cosas sobre la guerra y acercarse por la vía de la intransigencia internacionalista al bolchevismo.

A lo largo de su historia, el movimiento trotskista dedicó un enorme esfuerzo para tratar de explicar el llamado "fenómeno Stalin". Quizás quien mejor expresó la victoria de Stalin fue Víctor Serge, quien explicó quediversas opciones posibles para la revolución, pero que, por una serie de circunstancias radicalmente adversas, acabó imponiéndose la más mediocre y la más reaccionaria y brutal. Recordemos una vez más que Trotsky, aunque no pudo por menos que tener dudas y hesitaciones sobre lo que estaba ocurriendo, se puso tempranamente al frente de la oposición de izquierdas, y de ofrecer una explicación marxista del inusitado proceso histórico que llevaría al Estado totalitario encabezado por Stalin, y a su reproducción ulterior en los países del "socialismo realmente existente".

En todos sus escritos sobre la cuestión, Trotsky dedicó una especial atención a rebatir cualquier tentativa de amalgama, fuesen por la derecha o por la izquierda. Recordó cómo, en nombre de un mismo Dios, los cristianos se habían enfrentado irreconciliablemente siervos y señores, entre papistas y reformadores y cómo bajo el mismo principio, el de la República, se habían creado barricadas opuestas en la Revolución Francesa de 1848, y otras asimilaciones posibles que pueblan la historia. Destacó que su "rasgo fundamental (...) lo constituye el ignorar completamente la base material de las diversas tendencias, es decir, su naturaleza de clase, y por eso mismo su papel histórico objetivo. En lugar de eso, se valoran y clasifican las diversas tendencias según cualquier indicio exterior y secundario; o más a menudo, según su actitud frente a talo cual principio abstracto que, para el clasificador, tiene un valor profesional muy particular". Con ello olvidan que "...el proceso histórico es, ante todo, lucha de clases y acontece que clases diferentes, en nombre de finalidades diferentes, usen referencia análoga. En el fondo, no podría ser de otro modo. Los ejércitos beligerantes son siempre más o menos simétricos y, sí no hubiera nada en común en sus métodos de lucha, no podrían lanzarse ataques unos a los otros" (Su moral y la nuestra)

Para allanar el camino de las simetrías, los amalgamadores de oficio se ven obligados a distorsionar la realidad. Así por ejemplo, en relación con la cuestión de la concepción leninista del partido, no aprecian la notable evolución de Lenin entre 1903 y 1905 y, sobre todo, desde la revolución de Febrero. También han de omitir que, bajo la dirección de Lenin, el terror rojo se refiere a la guerra civil y no a

cualquier medida arbitraria, y que el partido bolchevique conoció bajo su inspiración una batalla abierta y permanente de tendencias organizadas incluso en medio del asedio militar. Por su parte, Trotsky, sitúa cada momento en un proceso histórico global en el que es posible comprender el todo y las partes, la continuidad y las rectificaciones, sin caer en contradicciones aberrantes ni en apreciaciones abusivas y reaccionarias.

Trotsky no admitió nunca el argumento de la victoria determinara la razón de los contendientes, aunque en los primeros años de la revolución fue bastante dado a la soberbia, como muestra aquella célebre admonición sobre el "basurero de la historia" en la rezumaba un optimismo que luego no se confirmó con la realidad, o con el trato dispensado a sus adversarios; también menospreció a lo que significaba Stalin al medirlo por su aparente mediocridad. En el tercer exilio se refirió a la cuestión reconociendo que "el éxito o el fracaso de la lucha de la Oposición ha dependido evidentemente, en tal o cual grado, de las cualidades de la dirección en los campos en lucha"; pero esto, en última instancia, estuvo predeterminado por el marco en que se encontraban ambas fuerzas. Además, el retroceso del proceso revolucionario interno —y sobre todo externo—, fue decisivo: "El declive del movimiento revolucionario, escribe en *La revolución traicionada*, el decaimiento, los fracasos en Europa y en Asia, la decepción de las masas obreras, inevitablemente tenía que debilitar las posiciones de los internacionalistas revolucionarios y, por el contrario, reforzar las posiciones de la burocracia nacional y conservadora. Un nuevo capítulo se abre dentro de la revolución"...

La derrota de Trotsky no fue el fracaso de su candidatura al poder, al menos no solamente; ante todo significó un salto hacia atrás en la marcha de la revolución. Un salto que se hace en nombre de las premisas programáticas más revolucionarias; pero que, en realidad, retrocede por una extraña combinación de circunstancias, hacia la noche oscura del Medioevo. Citando las frases del célebre discurso de Stalin ante el cadáver de Lenin, Lucio Colletti escribe: "Un abismo de siglos —entre los cuales están Galileo, Newton, Voltaire y Kant— separa ese lenguaje y esa mentalidad del lenguaje y la mentalidad de Marx y Lenin. el tono de ese juramento, impregnado de letanía religiosa y con el cual Stalin se presente a sí mismo como el vicario en la tierra y el ejecutor testamentario del dios difunto, permite entender mejor que cualquier largo razonamiento la soldadura que se va estableciendo entre Stalin y su aparato burocrático por una parte, un aparato en el que se multiplican los oscuros funcionarios ajenos a la historia del bolchevismo y a la misma revolución (...) y, por otra parte, entre éste y la masa de un partido que la "promoción Lenin", las depuraciones que empiezan a desarrollarse más aún, el ingreso masivo en el mismo de mencheviques y de los restos del viejo régimen, van convirtiendo, cada vez en mayor medida, en un cuerpo apagado y opaco, compuesto en gran medida ya por ejecutores "devotos del jefe" o por analfabetos políticos" (*La cuestión de Stalin*, Anagrama, BCN, 1971, p. 30).

Que entre la vanguardia de la historia encarnada por el bolchevismo y la Internacional, y el retroceso más oscurantista encarnado por el estalinismo media una ruptura política de proporciones tanto o más gigantesca que las que median entre la burguesía revolucionaria del siglo XVIII y la burguesía que apoya la reacción fascista, es algo que sin duda escapa y sorprende a muchos y, particularmente, a los que creen que la historia sólo tiene una regla para ser medida: la línea recta.

Pero no pudo sorprender a alguien como Trotsky que escribió en 1915: "...el desastre actual emitirá, en el transcurso de años, décadas y centurias, una radiación sangrienta, a cuya luz las generaciones futuras contemplarán su propio destino, del mismo modo que Europa ha sentido hasta ahora la radiación de la gran Revolución Francesa y de las guerras napoleónicas. Y, sin embargo, cuán pequeños fueron esos acontecimientos... en comparación con los que estamos haciendo o viviendo ahora, especialmente con los que nos esperan. La mente humana es propensa a la trivialidad; sólo con lentitud y renuencia



asciende hasta la cumbre de estos acontecimientos colosales... se esfuerza sin saberlo por empequeñecer ante sí misma la importancia de éstos, para poder asimilarlos más fácilmente... No es nuestra mente la que domina los grandes acontecimientos; por el contrario, los acontecimientos, surgidos de la combinación, interacción y concatenación de grandes fuerzas históricas objetivas, obligan a nuestra mente indolente y perezosa a adaptarse lenta y torpemente. En relación con este hecho, tan ofensivo para nuestra megalomanía, nuestra segunda naturaleza, el destino actual de las naciones civilizadas clama en el estruendo simultáneo de todos los cañones y armas".

<http://www.anticapitalistas.org/spip.php?article20982>

## Discusiones sobre el declive de Estados Unidos

*Los diagnósticos de declinación estadounidense destacan la regresión monetaria e industrial y el endeudamiento externo del país. Pero analizan la economía norteamericana con los mismos parámetros de cualquier otro país, olvidando el papel primordial de la primera potencia en la reproducción del capital global. Esa centralidad se verifica en la primacía de las finanzas estadounidenses.*

*El dólar ha perdido su reinado mundial, pero ninguna otra divisas se perfila como reemplazante y en las situaciones de crisis es el refugio más apetecido. El endeudamiento norteamericano es sostenido por varias potencias exportadoras. Para comprender el rol de una economía imperial hay que superar la perspectiva nacional comparativa.*

*El retroceso de la industria norteamericana está compensado por la localización externa de las firmas. Esta combinación es omitida por la teoría de la declinación, que también soslaya el liderazgo tecnológico de Estados Unidos. La primera potencia lucra con el neoliberalismo y se ha recompuesto en cada disipación de las crisis capitalistas.*

*El retroceso militar de Estados Unidos no se verifica. La primera potencia sufrió derrotas, pero también logró varios éxitos. Hay que distinguir la envergadura de cada episodio y registrar el ejercicio cotidiano de la coerción imperial. Estados Unidos no es un guerrero solitario, sino que encabeza un dispositivo de protección colectiva. La omisión de este dato conduce a observar “sobre-extensiones territoriales”, donde existen manejos capitalistas.*

*El intento norteamericano de introducir modalidades de gestión globalizada confirma la inconveniencia de evaluar su liderazgo con parámetros comparativos. No se deben confundir coyunturas con tendencias. Evitar la subestimación del gendarme es la condición para derrotarlo.*

Muchas teorías de resurgimiento de la rivalidad inter-imperial se inspiran en diagnósticos de declinación estadounidense. Consideran que ese declive modifica drásticamente la configuración del capitalismo contemporáneo y tiende a reabrir la competencia por el reparto del mundo. Hay diagnósticos fuertes y moderados de esa evolución y distintas caracterizaciones sobre el retroceso estadounidense.

Los argumentos de la declinación

El enfoque más corriente remarca la regresión económica. Destaca que el gigante del Norte perdió la superioridad de posguerra, ya no controla el 50% de la industria mundial y no ejerce un reinado monetario. Señala que la inconvertibilidad del dólar (1971) acentuó el deterioro de Estados Unidos frente a Europa o Japón y estima que esa caída se profundizó en las últimas dos décadas de ascenso chino. Resalta la presencia de un generalizado repliegue de la producción norteamericana, que incluye desmoronamientos de la productividad, obsolescencia de la estructura manufacturera y creciente desindustrialización. (1)

En el análisis de este estancamiento se hace hincapié en la pérdida de empleos industriales, la expansión de los servicios y el déficit comercial, que son atribuidos a la masiva importación de bienes anteriormente fabricados en el país. Este desequilibrio externo es explicado por una descontrolada inclinación norteamericana al sobre-consumo, que favorece a las empresas foráneas. (2)

El retroceso del dólar es presentado como otro barómetro del declive. La pérdida de señorazgo de esa divisa es vista como un proceso irreversible. Se supone que concluirá con el reemplazo del billete que reguló durante décadas las transacciones internacionales, por otras monedas (euro, yen, yuan) o por la formación de una canasta de signos sustitutos. (3) Esta sustitución es también asociada con la transformación de un viejo acreedor mundial en el principal deudor contemporáneo. Estados Unidos es descrito como un agobiado prestatario, que depende del flujo de capitales externos para solventar su deuda pública. Esta atadura –que obliga al país a sostener tasas de interés atractivas para los adquirientes foráneos de bonos del tesoro- es identificada con otras experiencias de declive histórico. Se recuerda que la sofocación deudora determinó en el pasado, el fin de la expansión material y el comienzo de la regresión financiera de todas las potencias declinantes. (4)

Este retroceso es señalado, a su vez, como el principal causante de la segmentación económico-social que soporta Estados Unidos. La fractura que corroe la movilidad ascendente de posguerra ya sepulta al modelo de empleo e ingresos ascendentes, que caracterizó al fordismo. (5)

El ritmo de caída del imperio norteamericano suscita controversias. Algunos autores sostienen que ese desplome supera ampliamente la percepción corriente. Consideran que estuvo enmascarado durante la última década por el derrumbe del contendiente soviético y por los artificios de la globalización financiera. Estiman que una economía depredadora y dependiente de la exacción de recursos de otros países tiende al desplome y repetirá la trayectoria seguida por España durante el siglo XVII. Esa potencia disimulaba su quiebra con el oro sustraído del Nuevo Mundo. (6)

Otras visiones son más cautelosas. Reconocen que Estados Unidos logró posponer su caída, mediante un paréntesis de “belle époque” gestado durante el neoliberalismo. El país pudo reorientar los flujos financieros hacia su propio mercado y contó con recursos suficientes para doblegar a la URSS y domesticar al Sur. (7)

Pero este desahogo no alcanzaría y solo demoraría la decadencia que ya padeció anteriormente el imperio británico. Ese antecedente incluyó los mismos giros hacia la intermediación comercial y el refugio en las finanzas. Estados Unidos carga, además, con una orfandad de dominios territoriales, que le impiden repetir la administración de la regresión que logró Inglaterra a principios del siglo XX. (8)

De estas caracterizaciones surgen contundentes previsiones sobre el fin del liderazgo norteamericano, que algunos autores sitúan en una fecha precisa (año 2025) y otros imaginan en horizontes más indefinidos. Pero todos convocan a “desacoplarse” por cualquier vía del desplome estadounidense. (9)

### Singularidades financieras

Las teorías que diagnostican el declive norteamericano analizan la economía de esa potencia con los mismos parámetros de cualquier otro país. No registran las peculiaridades de una estructura muy singular. Estos rasgos se forjaron durante la posguerra y se consolidaron en las últimas décadas de mundialización neoliberal.

A diferencia de otros países, Estados Unidos juega un papel primordial en la reproducción del capital global. Resulta indispensable tomar en cuenta este dato, en cualquier evaluación. El simple contraste de índices de productividad, endeudamiento o gravitación monetaria del gigante del Norte con sus rivales olvida esta particularidad y se limita a extender la teoría realista de las relaciones internacionales al campo de la economía. Traza un contrapunto en el plano industrial, comercial o financiero entre países

desarrollados, suponiendo que compiten en igualdad de condiciones por la dominación mundial.

Con esa mirada se supone que Estados Unidos pierde posiciones frente a sus rivales, desconociendo que esa batalla no se desenvuelve como una confrontación entre pares. Ningún adversario cumple el rol político-militar que juega el gendarme imperial, en la preservación del sistema que defienden todos los concurrentes.

Una mirada exclusivamente centrada en la competencia era válida a fines del siglo XIX, pero no sirve en la actualidad. Se ha consumado una internacionalización de la economía, un salto en la asociación mundial de los capitales y un incremento cualitativo en la gravitación de las empresas transnacionales que modifican el viejo escenario. En el contexto vigente, Estados Unidos ocupa un rol decisivo en la organización de la economía global.

Esa centralidad es muy evidente en el plano financiero y por esta razón los teóricos del declive son más cautelosos en los diagnósticos de este sector. Reconocen la continuada preeminencia de los bancos estadounidenses, que perdura como un factor determinante de la mundialización contemporánea.

Mediante la expansión de esas entidades se forjó inicialmente el mercado del euro-dólar que financió la internacionalización de las empresas norteamericanas y especialmente su asociación con las compañías europeas. Esa plaza se convirtió en el principal antecedente de los depósitos desregulados y las transacciones extraterritoriales, que posteriormente forjaron la mundialización financiera. Los bancos norteamericanos facilitaron un manejo autónomo de la liquidez mundial, que apuntaló el protagonismo de la City londinense.

Cuando la desregulación de esa actividad exigió mayor incidencia directa de la Reserva Federal, la centralización de las operaciones se trasladó a Nueva York. Este giro fue precedido por una gran depuración de los propios bancos estadounidenses, que sufrieron un recorte del 36% de sus entidades a fines de los 70 y una segunda limpieza de gran porte a principios de 90. Este ajuste se enmarcó en una ofensiva neoliberal que comenzó en Washington, con la decisión de encarecer la tasa de interés. (10)

Esta gravitación de las finanzas norteamericanas quedó confirmada durante las últimas dos décadas por el rol que ha jugado Wall Street (en el circuito bursátil internacional) y la Reserva Federal (en la circulación global del capital). Lo ocurrido en la crisis reciente ha sido muy ilustrativo de este poderío. Toda la política de socorro estatal a los bancos implementada a nivel internacional fue primero definida por los banqueros estadounidenses, luego asumida por el gobierno de ese país y finalmente adoptada por el resto de las potencias.

Esa preeminencia se verifica también en las negociaciones para reorganizar el sistema bancario. Estados Unidos le impuso a Alemania y a Francia la preservación del actual esquema de finanzas liberalizadas, con algún ajuste cosmético de los paraísos fiscales. Todo el reordenamiento de las normas bancarias internacionales ha quedado subordinado, además, al ajuste previo de las entidades norteamericanas.

El control sobre las calificadoras, la supervisión de los fondos buitres, la regulación de los capitales mínimos y las restricciones al apalancamiento que se dispongan en Estados Unidos fijarán la pauta a seguir en todo el planeta. El modelo de la FED sería primero adoptado por el FMI y posteriormente exportado al resto de las naciones. Los tiempos de esta renovación dependen de las tensiones internas que afronta la administración de Obama.

La FED actuó durante la crisis del 2008-2010 como un Banco Central con influencia mundial y definió la política predominante de bajísimas tasas de interés. Japón volvió a exhibir sometimiento financiero al padrino estadounidense y el ente rector de las finanzas europeas fue incapaz de adoptar medidas significativas. Mantuvo una postura conservadora y restringió su radio de acción al Viejo Continente.

La gravitación de las finanzas norteamericanas obedece al rol estratégico que continúa cumpliendo ese sector en la internacionalización del movimiento de capitales. Esta circulación no quedó interrumpida por ninguna crisis de las últimas décadas. Al contrario, cada colapso bancario vigorizó la globalización de las finanzas, que impulsan todas las potencias, pero que asegura Estados Unidos. Este rol de garante no se verifica sólo observando la localización del capital. Hay que notar quiénes son los socios y custodios de los flujos financieros desperdigados por todo el planeta.

#### Divisas y endeudamiento

El lugar del dólar en este proceso es un tema más controvertido. Es evidente que esa divisa ya no tiene la supremacía indiscutida de los años 50. Pero su in-convertibilidad arrastra más de cuatro décadas y durante ese lapso no se registró el desplome incontenible de un signo carente de respaldo real. Predominaron sucesivos ciclos de ascenso y descenso de esa cotización, junto a la aparición de varias monedas de mayor alcance global. Ninguna de estas divisas se ha perfilado, hasta ahora, como reemplazante del billete norteamericano.

Lo ocurrido en la crisis reciente confirmó este panorama. El dólar se convirtió en el principal refugio monetario frente al desmoronamiento de los bancos. En la emergencia, los acaudalados del planeta optaron por proteger sus ahorros en esa divisa (en llamativo contraste con el euro). La moneda del Viejo Continente debió sostenerse con un anclaje, que el Banco Central Europeo sostuvo mediante tasas de interés superiores a las vigentes en Estados Unidos. Esa entidad actuó con muchas vacilaciones para apuntalar un signo creado durante la bonanza y sometido a su primer test de consistencia.

En la distensión financiera que ha sucedido al pico del colapso del 2008-09, el dólar ha vuelto a caer. Esta baja ciertamente refleja la búsqueda de un equilibrio monetario, que exprese las nuevas relaciones de fuerza vigentes entre la primera potencia y el resto del mundo. Estados Unidos intenta mantener cierta primacía, manejando una devaluación que le permita reducir el déficit comercial, sin afectar la afluencia internacional de capitales. Negocia con sus rivales estos dos objetivos contradictorios, mientras que sus competidores intentan aminorar la gravitación del dólar, evitando su completa sustitución por otra moneda.

La tendencia preeminente apunta disminuir la supremacía monetaria norteamericana, sin eliminar su gravitación. El euro no se perfila como reemplazante del dólar, el yen ni siquiera ambiciona disputar ese rol y el yuan no opera todavía libremente en los mercados internacionales. Nadie avala tampoco, un retorno a las áreas monetarias cerradas de entre-guerra.

Por esta razón se discute la formación de distinto tipo de canastas o billetes compartidos (como los Derechos Especiales de Giro), cuya viabilidad dependerá del carácter manejable o descontrolado que asuma la crisis actual. En general, los rivales buscan nuevas formas de asociación y no de confrontación (o reemplazo) de Estados Unidos. (11)

Este interés por preservar la estabilidad del dólar obedece a un propósito comercial: continuar la colocación de productos en el principal mercado del planeta. Mediante la importación masiva de bienes, la economía norteamericana mantuvo aceitado el ritmo de actividad mundial, durante la última década. Todos los exportadores intentan sostener su cuota de ventas en Estados Unidos y esa tarea

exige mantener la gravitación del dólar.

En este contexto hay que analizar la conversión de Estados Unidos en un gran deudor. Este lugar puede ser interpretado como un signo de decadencia y subordinación a los rivales ascendentes es otro indicio del papel central que ocupa la primera potencia, en el ciclo mundial de los negocios.

Existen muchas discusiones sobre la magnitud real del endeudamiento externo norteamericano y del costo de su refinanciación externa, a partir de un déficit comercial que saltó del 1,7% (1982-97) al 5-6 % del PBI (2003-10). Las calificadoras han reducido el puntaje de confiabilidad de la deuda y los republicanos impulsan la formación de una comisión con plenos poderes, para monitorear una drástica reducción del pasivo. Estos datos son ilustrativos del debilitamiento interno de la economía norteamericana.

Pero el país mantiene su estratégica importancia como absorbente de las mercancías excedentes. La actitud de China durante la crisis reciente retrató el interés que mantienen las restantes potencias en el sostenimiento de ese mercado. El gigante oriental decidió refinanciar el déficit norteamericano para preservar su corriente de ventas. La posibilidad de sostener este circuito es muy dudosa y no resulta fácil continuar comerciando a puro crédito.

Pero los teóricos de la declinación norteamericana no logran explicar por qué razón, los concurrentes de la primera potencia apuestan al sostenimiento y no a la caída de su rival. A la hora de observar el endeudamiento externo hay que notar no solo la posición contable adversa de Estados Unidos, sino también la función movilizadora que tiene ese desbalance sobre el flujo internacional de capitales y mercancías.

Para capturar las tendencias en curso es necesario reconocer que la economía norteamericana no se equipara con las restantes. Las variables en discusión -cotización del dólar, magnitud del déficit comercial, envergadura del bache presupuestario- deben ser analizadas superando la perspectiva nacional-comparativa. Hay que estudiar esos indicadores desde una dinámica imperial, que sitúa a Estados Unidos en el corazón del capitalismo global.

### Internacionalización y segmentación

En el terreno industrial los datos del retroceso norteamericano son más contundentes. La participación del país en la producción manufacturera mundial se ha reducido año tras año. Esta caída obedece a la irrupción de los competidores y a la creciente localización externa de las firmas estadounidenses.

La magnitud del retroceso es más discutible, si en lugar de comparar con lo ocurrido con las nuevas potencias, se traza un contrapunto con los viejos rivales de la tríada. En ese contraste, la tasa de crecimiento de Estados Unidos no ha sido inferior a Europa o Japón. La productividad supera a ambas regiones en las ramas más estratégicas, en el gasto de inversión y desarrollo y en el promedio de las ganancias. (12)

Tal como ocurre con las finanzas, la performance industrial norteamericana no debe ser evaluada con simples comparaciones internacionales. A diferencia del pasado, el índice de internacionalización de las grandes empresas constituye un dato insoslayable.

Si una firma estadounidense se traslada a un país asiático, su producción parece acentuar la prosperidad de Oriente a costa de Norteamérica. Pero en realidad, esa compañía remite ganancias a la nación de

origen y forma parte de un dispositivo fabril globalizado, bajo el comando estadounidense. Esta mundialización constituye el cambio más importante de la industria norteamericana. Las compañías que fabricaban “made in USA” encabezaron desde fines de los años 60 un gran salto hacia la inversión externa directa.

Los teóricos de la declinación reconocen ese liderazgo, pero consideran que la internacionalización productiva ha erosionado indiscriminadamente el poder territorial de todos los estados. No perciben el carácter jerarquizado de ese deterioro y el continuado poder de presión que mantiene el estado norteamericano, sobre los países que reciben inversiones de esa metrópoli.

En la nueva división del trabajo que forjó la internacionalización productiva, muchas actividades de mayor relevancia (gerencia, diseño, investigación, control financiero, innovación de producto, administración comercial) han mantenido su vieja localización. Sólo abaratan costos, transfiriendo a las filiales la fabricación en masa. Esa producción sigue las pautas fijadas por una gestión global, que se diagrama en las casas matrices.

Este proceso constituye una reorganización más compleja que la simple desindustrialización, resaltadas por los teóricos de la decadencia estadounidense. Desconocen que la primera potencia ha liderado una transformación global que continúa generando significativos beneficios. Un indicador de esta tendencia es el aumento de las ganancias remesadas por las firmas que operan en el exterior. (13)

Este proceso de internacionalización ha dado lugar a una creciente segmentación de la industria norteamericana. Las compañías que operan a escala globalizada se han expandido y las firmas que actúan sólo a nivel nacional sufrieron sucesivos retrocesos. La ampliación del primer sector genera desequilibrio comercial y la regresión del segundo acentúa la pobreza y el desempleo.

Esta misma segmentación explica, a su vez, la recuperación que tuvieron los sectores globalizados que trabajan con tecnologías de punta, especialmente en las actividades de aeronáutica, informática y electrónica. La contraparte de esta prosperidad ha sido la sistemática caída de las ramas que operaban en torno al mercado interno.

La escandalosa polarización social que soporta Estados Unidos constituye un reflejo de esa fractura económica. La brecha no separa sólo a las familias enriquecidas de los trabajadores endeudados. En todo el país se ha producido una radical transformación entre zonas que mantuvieron su nivel de actividad y regiones que colapsaron por la reorganización capitalista. Basta recordar que en plena crisis del 2008-2010 continuaron floreciendo las ganancias de las empresas con fuerte localización externa, para mensurar la dimensión de esa reconversión.

Esta reorganización expresa la compleja y contradictoria situación que ha creado la internacionalización de la industria norteamericana. Esta transformación es omitida por los análisis que enfatizan la declinación. Observan la reestructuración como una prueba del declive, soslayando el análisis de la mundialización en curso.

Esos enfoques enfrentan un escollo particularmente duro a la hora de explicar el liderazgo norteamericano, en las nuevas tecnologías de la información. Este comando es indiscutible en cualquier esfera de la computación, las redes, la microelectrónica, los chips, el hardware o el software. Esta supremacía obedeció en su origen a la estrecha conexión del sector con la experimentación militar. Existen numerosas controversias sobre el impacto de la revolución tecnológica actual en la productividad de las empresas, aunque el paso del tiempo tiende a confirmar la presencia de un giro

radical.

Pero lo incuestionable es la incidencia dominante de Estados Unidos en ese proceso y este liderazgo en la innovación contrasta con el postulado de la declinación. En la historia del capitalismo los países que encabezaron revoluciones tecnológicas mantuvieron lugares preponderantes en la jerarquía internacional.

Algunos partidarios de la teoría del declive aceptan el carácter sinuoso del retroceso norteamericano. Comparan el respiro logrado por el país bajo el neoliberalismo, con el interregno que pospuso la decadencia británica a principios del siglo XX.

Pero la restauración del poder estadounidense no ha sido tan puntual. Desde los años 70 esa recomposición ha irrumpido en varias oportunidades, al cabo de severas crisis. Se observó después de la derrota de Vietnam y luego del desplome de la URSS. Cada vez que el capitalismo global logró emerger de una coyuntura crítica, se observó esa restauración estadounidense.

Los teóricos del declive simplemente presentan esa recomposición como un dato secundario e incluso sugieren que Estados Unidos se perfila en el largo plazo, como uno de los perdedores de la era neoliberal. Olvidan cómo ha usufructuado de la ofensiva del capital, la potencia que concibió, gestó y consumó esa agresión.

Las previsiones de caída norteamericana con fecha precisa son mucho más discutibles. Situar este desplome en el 2015, 2025 o 2050 es un dudoso ejercicio de futurología, que omite estudiar cómo la mundialización ha modificado la secuencia tradicional de sustituciones hegemónicas.

¿Pérdida del poder militar?

Existe otra caracterización más contra-intuitiva del declive norteamericano. Destaca que la primera potencia no sufre sólo regresión económica, sino también impotencia militar. Considera que el gendarme afronta desde hace varias décadas una secuencia de derrotas bélica, que comenzaron con la retirada de Vietnam y culminaron con el fracaso de Irak. La primera adversidad marcó el inicio de la caída (“crisis señal”) y el último podría implicar el jaque mate del imperio (“crisis terminal”). (14)

Esta evaluación supone que los últimos cuarenta años han estado signados por continuadas frustraciones del Pentágono, tanto en guerras parciales (Nicaragua, Camboya, Angola, Afganistán), como en operativos contra blancos insignificantes (Granada, Panamá). Este mismo resultado adverso es atribuido a las acciones de hostigamiento aéreo (Libia en los 80), a las incursiones contra enemigos puntuales (Somalia) y a las misiones de coerción policial (Kosovo, Yugoslavia). Este balance deduce que los tropiezos yanquis facilitaron los desafíos tercermundistas (encarecimiento del petróleo) y las insolencias de Irán e Irak. (15)

Este enfoque considera que todas las reacciones estadounidenses afianzaron su debilidad. Sostiene que la primera potencia sólo obtuvo victorias contra adversarios irrisorios. Estima que esa elección de enemigos insignificantes ilustra el temor del Pentágono a confrontar con países de mayor porte. Esa cobardía es vista como un inequívoco síntoma de decadencia. (16)

Esta caracterización presupone que el síndrome creado por Vietnam continúa condicionando una postura débil del imperialismo norteamericano. Se supone que esta fragilidad no habría encontrado ningún contrapeso significativo en el último cuarto de siglo. Se estima que ni siquiera la caída de la



Unión Soviética, revirtió la regresión militar de Estados Unidos. (17)

¿Pero se puede resumir la compleja relación de fuerzas de las últimas cuatro décadas en un sencillo veredicto de “derrotas norteamericanas”? ¿Ha estado marcado este período por invariables fracasos del Pentágono? El carácter unilateral de esta evaluación salta a la vista.

Tanto en la posguerra como en el período neoliberal, el imperialismo norteamericano soportó contundentes derrotas y logró significativas victorias. Los fracasos sufridos en Vietnam o Cuba coexistieron con los éxitos obtenidos en República Dominicana, Guatemala o Panamá. Entre ambos polos se verificó una amplia variedad de resultados mixtos.

Es erróneo colocar en una misma bolsa a situaciones tan diferenciadas. Los marines arrasaron a Granada, pero debieron escaparse de Somalia. En algunos operativos impusieron su agenda de ocupación y en otros no pudieron estabilizar títeres confiables.

Cuando esa multiplicidad de resultados se reduce a un restrictivo concepto de “fracaso general”, la conclusión implícita es el triunfalismo ingenuo. Esa sensación no se corresponde con la ofensiva neoliberal de las últimas dos décadas.

Considerar que el derrumbe de la URSS acentuó el debilitamiento militar estadounidense es el corolario más extremo de ese razonamiento. Se pueden trazar muchos balances de la guerra fría y subrayar acertadamente que el “campo socialista” se derrumbó más por implosión interna, que por presión bélica externa. Pero no tiene ningún sentido presentar ese desmoronamiento, como una adversidad para Estados Unidos. Es evidente que constituyó exactamente lo contrario y que le brindó al imperialismo oxígeno requerido para implementar la ofensiva neoliberal.

Es importante reconocer que el desmoronamiento del principal adversario de la segunda mitad del siglo XX, tiene más envergadura que los tropiezos en Somalia. Al colocar en pie de igualdad acontecimientos de dimensiones tan divergentes, se abre el camino para la arbitrariedad.

Conviene no descalificar las operaciones que desarrolla el Pentágono con adjetivos menores. A través de esas acciones se concreta el rol de custodio cotidiano, que ejerce el imperialismo a escala mundial. Mediante el despacho de marines hacia pequeños lugares desestabilizados, Estados Unidos cumple el papel de gendarme que le han delegado las clases dominantes del planeta.

Las guerras imperialistas contra los pueblos indefensos siempre han seguido ese patrón de inequidad. En ese desparpajo se basa el ejercicio de la coerción. Estas acciones deberían incentivar la denuncia y no miradas épicas o morales que sugieren grandes fragilidades del opresor.

El principal test de la fortaleza o debilidad de una potencia no se verifica en las peripecias menores, sino en los desafíos de gran alcance. La pregunta eludida por los teóricos del fracaso militar es la ausencia de confrontaciones de peso con la primera potencia. Si Estados Unidos tiende a ser pulverizado en cualquier campo de batalla: ¿Por qué nadie aprovecha esta impotencia para desplazarlo?

Al evitar este interrogante básico, se puede presentar la extensa trayectoria que ha recorrido el capitalismo contemporáneo desde Vietnam a Irak, como una sucesión de desplomes militares estadounidenses. Lo que no se explica es por qué razón preserva su liderazgo bélico.

El retrato de sucesivas caídas del Pentágono da lugar a ese curioso resultado. Al cabo de cuatro décadas

de invariables fallidos, Estados Unidos monopoliza la mitad de gasto bélico internacional, mantiene su red de bases militares, controla la OTAN y supervisa la proliferación atómica.

¿Aislamiento o asociación?

La sesgada óptica centrada en los fracasos norteamericanos se extiende al balance de Irak. Este operativo es presentado como una derrota militar superior a Vietnam. Se remarcan los aciertos que logró una resistencia con un armamento y experiencia guerrillera inferior al Vietcong y se resalta la impotencia de las tropas invasoras. (18)

Pero hasta ahora el resultado de esta incursión es mucho más incierto y el desenlace final permanece abierto. A un costo humano incalculable, los marines han creado en Irak una situación de desangre interno, que les permite permanecer en el país.

Una diferencia importante con Vietnam radica en la profesionalización de las tropas y el uso masivo de mercenarios. Esas modalidades acentúan la descomposición interna de los invasores, pero han evitado las protestas contra la guerra que imponía la conscripción obligatoria en los años 70. Este cambio le aportó a la comandancia yanqui un alivio político que no tenía el generalato anterior.

Al soslayar estos datos se tiende a vislumbrar a Estados Unidos como una superpotencia solitaria, carente del poder y los medios que se utilizaban en el pasado. Se supone que la influencia internacional norteamericana ha caído, junto al deterioro de los contingentes terrestres, que se necesitan para ejercer el mando mundial. (19)

Pero ese aislamiento no se ha verificado en los principales operativos de las últimas dos décadas. Estados Unidos forjó coaliciones para invadir regiones estratégicas con el concurso de la ONU (Golfo), aprovechó el implícito aval de sus socios para acciones unilaterales (Irak), contó con financiación y tropas externas para ampliar agresiones (Afganistán) y sustituyó a sus aliados en las intervenciones complejas (Balcanes).

El imperialismo no ha dado ningún paso significativo sin el visto bueno (o por lo menos la resignación) de sus socios. Es cierto que resurgen las tensiones con Rusia y con China, pero estas hipótesis están referidas al futuro. En el balance de lo ya ocurrido, no se observa ningún atisbo de soledad. Estados Unidos actúa al frente de una coalición de la triada, que se mantiene sin cambios.

En algunos trabajos se argumenta que la primera potencia ya no logra financiar sus guerras. A diferencia de su antecesor británico carece de una colonia para extraer riquezas (como era la India) y depende de préstamos internacionales para sostener su aparato bélico. (20)

Pero este apuntalamiento del resto del mundo ilustra el interés global que existe en el sostenimiento del gendarme yanqui. El Pentágono no desenvuelve solo guerras hegemónicas (como Inglaterra), al servicio exclusivo de su propia burguesía. Cumple un rol protector del sistema internacional de dominación. Si se omite esta diferencia, resulta imposible comprender la lógica de la política militar estadounidense. Esa orientación no está guiada sólo por los intereses de una potencia, sino por los propósitos más colectivos del capitalismo mundial.

Este cambio es ignorado por quiénes razonan las hipótesis bélicas del futuro con los criterios de guerras inter-imperialistas. Con esa mirada suponen que Estados Unidos compensa la fragilidad económica con la expansión del poder militar, repitiendo un recurso de supervivencia utilizados por los imperios

decadentes. (21)

Este enfoque conduce a estudiar en detalle cuáles son los recursos en disputa en cada incursión, perdiendo de vista la dominación colectiva que reafirman esas operaciones. Siempre hay reyertas por petróleo, minería o agua. Pero en la actualidad prevalece un tipo de unanimidad imperial, que no existía al principio del siglo XX.

Las dificultades para registrar este viraje conducen a vislumbrar a Estados Unidos como una potencia decadente, que abusa de “sobre-extensiones territoriales” para administrar su imperio. Ese sobredimensionamiento recrea las aventuras militares fallidas. (22)

¿Pero cómo se mide una “sobre-extensión imperial”? Este concepto supone que existe un radio de dominación manejable y otro que desborda las posibilidades de control. El conflicto es situado en el pasaje de la primera situación a la segunda, olvidando que el imperialismo capitalista contemporáneo no presenta contornos geográficos tan precisos. Estados Unidos domina a través de inversiones, asociaciones y empresas transnacionales. No gestiona un imperio territorial como Roma, sino que actúa en un mapa de 200 países formalmente soberanos.

En esa estructura no hay forma de discernir “sobre-extensiones”, puesto que la acumulación sigue un patrón de ampliación ilimitada. Lo mismo ocurre con el sistema de bases militares que el Pentágono mantiene en todo el planeta. Este dispositivo permite una gestión imperial colectiva, que no sigue normas territoriales de adecuaciones y desbordes. El mantenimiento de esa red bélica no es un hecho desafortunado para Estados Unidos. Implica mayores costos y riesgos, pero asegura todos los beneficios de ejercer el comando imperialista.

No subestimar al gendarme

Los teóricos de la declinación norteamericana atribuyen la debilidad militar de la primera potencia al impacto generado por numerosos fracasos políticos. Consideran que durante décadas Estados Unidos contuvo al bloque socialista, domesticó al nacionalismo y manejó el equilibrio nuclear, pero sin gestar proyectos políticos duraderos. Esta limitación se reflejó en la imposibilidad de forjar el estado mundial bajo dirección norteamericano, que concibió Roosevelt e intentó implementar de Truman. (23)

Pero con esta caracterización se reconoce que la intención imperial estadounidense difiere de todos los liderazgos anteriores. Gran Bretaña, Francia, Holanda o Japón sólo ambicionaban ampliar sus territorios y recursos a costa de sus rivales. No aspiraban a forjar ningún tipo de entidad planetaria. Comprender esta peculiaridad es vital para superar los simples contrastes nacionales, entre grados de supremacía y decadencia. Ese contrapunto no puede establecerse en forma tan directa en la actualidad.

En lugar de conquistar el planeta para su usufructo, Estados Unidos ha buscado erigir una forma de gestión imperial a escala mundial. Por eso intenta asociar a otras potencias a este proyecto, mediante mecanismos de imperialismo colectivo. En vez de indagar cómo funciona esa sociedad, la tesis de la decadencia continúa indagando comparaciones entre contendientes.

Es muy dudoso que la elite dirigente norteamericana haya intentado en algún momento la concreción de un gobierno mundial. Semejante administración es difícil de imaginar, sin un estado global. Pero no cabe duda, que auspició incontables modalidades intermedias de gestión globalizada en el plano económico (FMI), militar (ONU) y político (Triada). El énfasis en la decadencia no clarifica la marcha de este objetivo prioritario.

Ese enfoque estudia la regresión imperial, analizando las conductas mafiosas que adopta Estados Unidos para contrapesar sus fracasos militares. Se estima que ese comportamiento le permite extorsionar a sus aliados de la tríada. (24)

Europa y Japón han sostenido las agresiones norteamericanas por su propio interés y no por mera debilidad frente a un chantajista. Necesitan el apoyo de la primera potencia para su propia supervivencia. La geopolítica imperial efectivamente incluye patrones de extorsionador-extorsionado, puesto que ordena las relaciones entre estados. Pero la existencia de chantajes en esos vínculos no clarifica ninguna modalidad imperial específica.

Algunos teóricos de la declinación imaginan escenarios de caos y anarquía. Prevén varias décadas de colapso y un sinnúmero de estallidos, hasta que las potencias sustitutivas de Estados Unidos establezcan un nuevo sistema mundo. (25)

Pero esa ausencia de equilibrios es un dato intrínseco del desarrollo capitalista y su agravamiento depende del nivel de las resistencias sociales y de las tensiones internas que afronten las clases dominantes. Estos elementos operan en forma inter-relacionada, determinando escenarios más volcánicos o más apacibles. El grado de conmoción que suscitan no depende de la decadencia de una potencia hegemónica.

En las últimas décadas se han sucedido coyunturas explosivas y controlables, en estricta correspondencia con las crisis económicas, la pujanza de la lucha popular y la falta de cohesión por arriba. El capitalismo recrea en forma periódica estos desequilibrios, más allá del destino declinante entrevisto para Estados Unidos.

La teoría del declive genera obsesiones por dilucidar el ritmo de la caída. Pero este tipo de profecías son más familiares a las creencias, que a la reflexión historiográfica. Sintonizan con los pronósticos del “mundo post-estadounidense”, que irrumpen en los momentos de calma y desaparecen en los picos de las crisis.

Los analistas de la decadencia buscan confirmaciones de su tesis en cualquier área de la vida social. Estiman por ejemplo, que la hegemonía cultural estadounidense perdió fuerza en las últimas décadas y consideran que el refinamiento de Nueva York y los patrones de comportamiento de Hollywood tienden a declinar. (26)

Pero esta hipótesis choca con el indiscutible impacto global del americanismo y la continuada gravitación de la ideología y las costumbres que exporta Estados Unidos. Los razonamientos centrados en el declive confunden coyunturas con tendencias. Por eso presentaron el mandato de Bush como un punto culminante caída yanqui. Identificaron la reacción belicista de los neo-conservadores con conductas desesperadas de un tigre acorralado por el shock del 11 de septiembre. (27)

Estas impresiones quedaron rápidamente desactualizadas con la euforia mediática que rodeó al ascenso de Obama. Los mismos periodistas que remarcaban la agonía de Estados Unidos resaltaron los atributos del nuevo presidente para restaurar el sueño americano. En este sube y baja, el fin del imperio y su resurrección continúan alternándose con sorprendente velocidad, demostrando cuán inconveniente es deducir un curso de largo plazo de las circunstancias que rodean a cada presidente. Para evitar ese vaivén anímico conviene invertir la problemática de la declinación norteamericana y explicar lo contrario: la continuada primacía de una potencia, que ejerce la custodia del capitalismo

global. Reconocer esa gravitación es indispensable para encontrar estrategias, que permitan enfrentar y derrotar al principal opresor del planeta.

Claudio Katz es economista, Investigador, Profesor. Miembro del EDI (Economistas de Izquierda).

Notas:

- 1) Arrighi, Giovanni. "Hegemony Unravelling", Part I, New Left Review, no. 32, March/April 2005.
- 2) Johnson Chalmers, "El significado del imperialismo", www.prodavinci.com, 27-1-09.
- 3) Wallerstein Immanuel, "¿De quién es el siglo XXI?", Página 12, 26-7-06.
- 4) Sutcliffe Bob, "Imperialism Old and New", Historical Materialism, vol 14.4, 2006.
- 5) Wallerstein Immanuel Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos: un análisis de sistemas-mundo, 2004, Akal, Madrid, (cap 26)
- 6) Todd Emmanuel, "El ilusorio poder ilimitado de EEUU", La Hoja Latinoamericana rodelu.net 5-1-2004.
- 7) Arrighi Giovanni, Adam Smith en Pekín, Akal, 2007, Madrid, (cap 5 y 6)
- 8) Arrighi, Giovanni. "Hegemony Unravelling", Part II, no. 33, May/June 2005.
- 9) Wallerstein Immanuel, "El tigre acorralado", Página 12, 14-9-06. Arrighi Giovanni, "Conceptos fundamentales para comprender el capitalismo actual", Herramienta n 38, junio 2008.
- 10) Ver: Panitch Leo, Leys Colin, "Las finanzas y el imperio norteamericano", El Imperio Recargado, CLACSO, Buenos Aires, 2005
- 11) Ver: Rude Christopher. "El rol de la disciplina en la estrategia imperial. El Imperio Recargado, CLACSO, Buenos Aires, 2005.
- 12) Ver: Pantich Leo, Gindin Sam, "Rethinking crisis", Monthly Review 54, November 2002.
- 13) Este tipo de ganancias pasaron del 22% (1999) al 49% del total de los beneficios (2008). Ver: Caputo Orlando, "La crisis actual de la economía mundial: una nueva interpretación teórica e histórica", XI Encuentro Internacional sobre Globalización y problemas del Desarrollo, La Habana, 2-6 marzo 2009.
- 14) Arrighi, Giovanni. "Hegemony Unravelling", Part I, New Left Review, no. 32, March/April 2005
- 15) Arrighi, Giovanni. "Hegemony Unravelling", Part II, no. 33, May/June 2005.
- 16) Todd Emmanuel "El ilusorio poder ilimitado de EEUU"- La Hoja Latinoamericana rodelu.net 5-1-2004. Todd Emmanuel Después del Imperio, Foca, 2003.
- 17) Vasapollo Luciano. "Imperialismo y competencia global". Laberinto n 18, segundo cuatrimestre 2005
- 18) Arrighi, Giovanni, "Hegemony Unravelling", Part I, New Left Review, no. 32, March/April 2005. También: Wallerstein Immanuel, "América Latina puede contar más en la nueva geopolítica mundial", Clarín, 23-9-07.
- 19) Arrighi Giovanni, Adam Smith en Pekín, Akal, 2007, Madrid, (cap 6). Wallerstein Immanuel. "¿De quién es el siglo XXI?", Página 12, 26-7-06
- 20) Arrighi Giovanni. Adam Smith en Pekín, Akal, 2007, Madrid.(cap 6 y 9)
- 21) Foster John Bellamy, "The new age of imperialism", Imperialism Now, Monthly Review, vol 55, n 3, July-august 2003. Foster John Bellamy, "The new geopolitics of Empire", Monthly Review, vol 57, n 8, January 2006.
- 22) Wallerstein Immanuel. "América Latina puede contar más en la nueva geopolítica mundial". Clarín, 23-9-07-Johnson Chalmers, "El significado del imperialismo", www.prodavinci.com, 27-1-09
- 23) Arrighi Giovanni. Adam Smith en Pekín, Akal, 2007, Madrid.(cap 6 y 9)
- 24) Arrighi Giovanni. Adam Smith en Pekín, Akal, 2007, Madrid.(cap 9).
- 25) Wallerstein Immanuel Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos: un análisis de sistemas – mundo, 2004, Akal, Madrid. (cap 28)
- 26) Wallerstein Immanuel Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos: un análisis de sistemas

– mundo, 2004, Akal, Madrid. (cap 32).

27) Wallerstein Immanuel. “El águila se estrelló al aterrizar” Página 12 17-10-05. Wallerstein Immanuel. “¿De quién es el siglo XXI?”. Página 12 26-7-06. Wallerstein Immanuel. “El tigre acorralado”. Página 12 14-9-06.

#### Bibliografía:

- Anderson Perry. “Apuntes sobre la coyuntura actual”. New Left Review, n 48, 2008
- Arrighi Giovanni “Linajes imperiales: sobre Imperio de Michel Hardt y Antonio Negri.
- Arrighi Giovanni. El largo siglo XX. Akal, 1999 (Cap 1, 4)
- Borón Atilio. “Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional”, en Una nueva Hegemonía Mundial, CLACSO, Buenos Aires, 2004.
- Callinicos Alex, “La teoría marxista y el imperialismo en nuestros días”, Razón y Revolución, n 56, Buenos Aires, 2010
- Dumenil Gerard, Ley Dominique. El imperialismo en la era neoliberal. Revista de Economía crítica n 3.
- Fiori José Luis, O poder global e la nova geopolítica das nacioes, Editorial Boitempo, 2007, Sao Paulo.
- Fiori José Luis. “Crisis y hecatombes”, Valor Económico, Sao Paulom 26-3-08.
- Gindin Sam, Panitch Leo, "Superintending Global Capital," New Left Review, 35, Sept/Oct 2005
- Halevi Joseph, Varoufakis Yanis. “The global minotaur”, Imperialism Now, Monthly Review, vol 55, n 3, July-August 2003.
- Katz Claudio -“Crisis global: las tendencias de la etapa”, Aquelarre, Revista de Centro de la Universidad de Tolima, Colombia, vol 9, n 18, 2010
- Katz Claudio. -“Desequilibrios y antagonismos de la mundialización”. Realidad Económica n 178, febrero-marzo 2001, Buenos Aires, Argentina.
- Petras James, Veltmeyer. “Construcción imperial y dominación”. Los intelectuales y la globalización, Abya-Yala, Quito, 2004.
- Petras James. “El neo-imperialismo”. El mundo de los trabajadores, n 2, 2004.  
[www.geocities.com/revista](http://www.geocities.com/revista)
- Petras James. “Estado imperial, imperialismo e imperio”. Pensar a contracorriente. Volumen II, segunda edición, 2005.
- Rojo José Luis, “Cuando se prepara una recaída”, Socialismo o Barbarie, n 23-24, diciembre 2009.

<http://www.argenpress.info/2011/07/discusiones-sobre-el-declive-de-estados.html>